

CRISTIANIDAD

Al Reino de Cristo por los Corazones de Jesús y de María

NUESTRA PATRIA ES EL CIELO



Benjamin West, *La Ascensión* (1801)

«El Cielo es el fin último y la realización de las aspiraciones más profundas del hombre, el estado supremo y definitivo de dicha».

Catecismo de la Iglesia católica, 1024

Año LXXVII- Núm. 1085 Diciembre 2021



ÍNDICE DE CONTENIDOS

3	Nuestra esperanza es el Señor <i>J.M.^aA.R.</i>	28	«Cielo»: la primera palabra que pronunció santa Teresita del Niño Jesús
5	El Cielo no es aburrido <i>Antonio Prevosti Monclús</i>	30	«Que muero porque no muero»
9	La esperanza en el Cielo a la luz de Tomás de Aquino y Teresita de Lisieux <i>Isabel Margarita Jordán</i>	31	Hemos leído <i>Aldobrando Vals</i>
14	Sobre la inmortalidad del alma <i>Conferencia Episcopal española</i>	34	Hace 75 años <i>Ibón Elósegui</i>
17	Los «Resplandor de la luz eterna» del Santo Padre Francisco <i>Stefano Abbate</i>	36	Pequeñas lecciones de historia <i>Gerardo Manresa</i>
20	«El hastío que hoy nos corrompe» <i>Juan Manuel de Prada</i>	38	Actualidad religiosa <i>Javier González</i>
21	¿Qué Cielo esperamos? <i>Francesc Manresa i Lamarca</i>	40	Actualidad política <i>Jorge Soley</i>
24	La sobrenatural esperanza en el Reino de Cristo, nuclear optimismo del padre Enrique Ramière <i>José Javier Echave-Sustaeta</i>	44	Orientaciones bibliográficas <i>Javier Luis de Miguel</i>
		44	Año jubilar josefino <i>Francisco Canals</i>
		46	Acto conmemorativo por los 100 años de la librería Balmes

SECCIONES

Razón del número

Nuestra esperanza es el Señor

J.M^a.A.R.

Es absolutamente necesario en la vida cristiana contemplar lo que constituye el fin de nuestra vida, gozar de aquello que nuestro corazón debería desear y esperar más intensamente: la bienaventuranza eterna

COMO habrán podido comprobar nuestros fieles y estimados lectores en casi todos los números del presente año hemos ido publicando una sección titulada: «Nuestra patria es el Cielo» y nos ha parecido oportuno dedicar el último número del año de modo monográfico al mismo tema. La razón de ello ha sido considerar que **es absolutamente necesario en la vida cristiana contemplar lo que constituye el fin de nuestra vida, gozar de aquello que nuestro corazón debería desear y esperar más intensamente: la bienaventuranza eterna.**

Sin embargo, nuestro mundo está envuelto en un atmósfera en la que **la falta de esperanza parece invadir hasta los más recónditos ámbitos de la existencia de gran parte de la humanidad.** Podemos preguntarnos ¿cómo es posible que esta falta de esperanza quede manifiesta en tantos aspectos de la vida social justamente cuando alardeamos de un progreso científico y especialmente tecnológico que «parece» abrir un época de grandes y espectaculares realizaciones y formas de vida sin precedentes?

Estamos viviendo unos tiempos caracterizados por las paradojas, contradicciones y perplejidades. Al mismo tiempo que «aún» vivimos in-

mersos en una situación de progreso, ya hace varias décadas que los sociólogos hablan de decadencia o de agotamiento del progreso.

Desde el siglo XVIII y hasta la después de la primera guerra mundial, las ideologías políticas que se difundieron estaban todas inspiradas en una filosofía de la historia progresista. Desde perspectivas políticas muy diversas se coincidía en afirmar un futuro en el que por fin se verían cumplidas las mejores expectativas que permitían anunciar felices augurios: La paz y el bienestar social estarían asegurados ya de forma definitiva. Un nuevo hombre y una nueva sociedad era lo que nos prometía este futuro esperanzador. Sin embargo, el siglo XX se ha encargado de desmentir estas utopías, que como calificó certeramente el historiador **Pierre Chaunu** fueron la antesala de los campos de concentración y de los gulag. La «paz perpetua» anunciada fue sustituida por una violencia destructora sin precedentes históricos y terminaba la segunda guerra mundial con la utilización de las armas nucleares que seguirán amenazando con su destrucción masiva a la humanidad. Revoluciones, golpes de estado, te-

rorismo y genocidios han proliferado durante los últimos 50 años. Haciéndose eco de ello, en repetidas ocasiones, el papa Francisco ha hecho referencia a una «tercera guerra mundial» que se está gestando e incluso que ya la vivimos por partes. A esto tendríamos que añadir el drama de un mundo en el que es posible terminar legalmente con las vidas de los más desprotegidos, a los aún no nacidos y los que viven en condiciones, según algunos, no aceptables, unido al descenso vertiginoso en el mundo occidental de los matrimonios constituidos con voluntad de permanencia definitiva, y la baja natalidad consiguiente, son una clamoroso grito que afirma que estamos en un mundo sin esperanza.

Esta situación es fruto del intento de sustituir la esperanza en la vida eterna por un futuro exclusivamente temporal construido por el hombre. Como afirmó Benedicto XVI en su encíclica *Spe salvi*: «la época moderna ha desarrollado la esperanza de la instauración de un mundo perfecto que parecía poder lograrse gracias a los conocimientos de la ciencia y a una

política fundada científicamente. Así, la esperanza bíblica del reino de Dios ha sido reemplazada por la esperanza del Reino del hombre, por la esperanza de un mundo mejor que sería el verdadero “Reino de Dios”».

Se rechazó el pasado como aquello que había que superar definitivamente y se quiso vivir un presente con la esperanza de este futuro prometedor, fruto del trabajo humano

Solo es posible superar esta tristeza y cansancio viviendo ya con el gozo y alegría que es fruto de la esperanza teologal

y sobre todo de las fuerzas inmanentes del progreso histórico. **Nos hemos quedado sin pasado que recordar, sin memoria en la que nos podamos reconocer, sin esperanza en el cumplimiento de las promesas de vida eterna y finalmente con un futuro humano con negros presagios de colapsos ecológicos y crisis**

climatológicas. Estamos acorralados en un presente inmediato que transcurre a través de una vida cotidiana de la que queremos evadirnos a través de actividades sin sentido o consumiendo sustancias que nos permitan no pensar en una realidad que no llegamos a comprender.

Si como resultado de esta reflexión se considera que somos unos pesimistas y profetas de desgracias, responderemos que todo lo contrario, ante un mundo sin esperanza en el que la tristeza, en forma de depresión, que como recordaba el Papa en la intención de oraciones del pasado mes de noviembre: «la tristeza, la apatía, el cansancio espiritual terminan por dominar la vida de las personas», **solo es posible superar esta tristeza y cansancio viviendo ya con el gozo y alegría que es fruto de la esperanza teologal que hay que proclamar insistentemente y es anticipación de aquellas palabras del Evangelio que por la misericordia de Dios esperamos escuchar de los labios de Jesús al final de nuestras vidas: «Siervo bueno y fiel, entra en el gozo del Señor» (Mt 25, 14-30)**

La felicidad plena y sin término

Deseemos con ardor aquel día en que se nos asignará nuestro propio domicilio, en que se nos restituirá al paraíso y al Reino, después de habernos arrancado de las ataduras que en este mundo nos retienen. El que está lejos de su patria natural que tenga prisa por volver a ella. Para nosotros, nuestra patria es el paraíso; **allí nos espera un gran número de seres queridos, nuestros padres, hermanos e hijos, seguros ya de su suerte, pero solícitos aún de la nuestra.** Tanto para ellos como para nosotros, significará una gran alegría el poder llegar a su presencia y abrazarlos; la felicidad plena y sin término la hallaremos en el Reino celestial, donde no existirá ya el temor a la muerte, sino la vida sin fin.

San Cipriano, obispo y mártir, *Tratado sobre la muerte*, 18

El Cielo no es aburrido

Antoni Prevosti Monclús

Una reflexión sobre el Cielo como bien perfecto y último «que aquieta totalmente el apetito» según santo Tomás de Aquino



¿Es el Cielo algo aburrido?

SI se me permite empezar con un recuerdo personal, en tiempos de mi infancia o mi primera adolescencia, no sé cómo, fue estableciéndose en mi familia la costumbre de que en la noche de fin de año mi padre nos contara algunas

historias fantásticas. Una de las que tuvo más éxito y cada año los hijos volvíamos a pedir era la leyenda del monje que dudaba de la posibilidad de una felicidad eterna en el Cielo, por parecerle que la eternidad había de ser un solemne aburrimiento. Más adelante supe que esta historia la narra san Vicente Ferrer en uno de sus sermones, que otra versión



Sueño de san Virila, obra del s. XX, monasterio de Leyre (Navarra)

de ella aparece en la cantiga CIII de Alfonso X el Sabio, que el monje protagonista fue para unos san Virila, abad del monasterio de Leyre, y para otros fue san Ero, fundador del monasterio de Armenteira...

Para tener dudas acerca de la eternidad, no hace falta, pues, estar moldeado por la mentalidad dinámica, activista, impaciente, de nuestro tiempo. Pero es cierto que los modos de vida actuales, tan poco favorables a la contemplación y tan ávidos de cambio y de novedad, nos inclinan más fácilmente a caer en la perplejidad cuando pensamos en el Cielo y consideramos que el premio que Dios promete a los que le aman es una eternidad junto a su trono, contemplándolo y alabándolo para siempre. No se trata sólo de unos cuantos siglos, sino de una eternidad sin fin. ¿Es esto realmente una perspectiva atractiva? Si, como parece, estaremos siempre haciendo lo mismo, y una única cosa, si no hay en la eternidad variación ni cambio ¿no será el Cielo algo infinitamente aburrido? Parece, sin duda, desde nuestra comprensión humana y desde nuestra experiencia de lo que son las satisfacciones y los éxitos en la vida, que lo único que puede producirse en una eternidad libre de tropiezos, libre de angustias

y de amenazas, libre de tensiones y de sorpresas, es un tedio abrumador, fatal. La objeción contra la fe y contra la esperanza cristiana de que el Cielo tendría que ser aburrido la han esgrimido, naturalmente, los autores anticristianos más agudos.

Es nuestra situación, con franqueza, paradójica en grado sumo, puesto que, por un lado, sabemos que nos conviene pensar en el Cielo, que debemos alimentar nuestra esperanza con algún anticipo de la patria a la que aspiramos, pero, por otro lado, ¡resulta tan difícil, tan insatisfactorio, o tan imposible imaginarnos el Cielo!¹ **Podemos intentar sublimar las bellezas y los goces más puros que conocemos en nuestra pequeña experiencia de la vida y de las cosas:** la belleza de los montes y las aguas, del Cielo nocturno salpicado de estrellas, de una puesta de sol, de un cuerpo humano o de un teorema matemático. **Podemos imaginar que, si Dios ha creado tanta belleza en el mundo actual, que tiene que pasar, mucha mayor belleza concederá a la tierra nueva y al Cielo nuevo,** a la morada definitiva que nos tiene preparados. **Podemos pensar en la alegría íntima que hemos vivido en**

1 V. *Catecismo de la Iglesia católica*, nº 1027.

más de un banquete de bodas, y que el Cielo se compara a ellos. Más aun, creemos que lo que en la vida eterna vamos a disfrutar y **nos va a satisfacer es Dios mismo, perfección infinita, Bien infinito, a quien veremos cara a cara.** Pero el problema no es aceptar un Bien infinito o una belleza inmensa e inimaginable, sino admitir que no aparecerá nunca el tedio en su interminable eternidad. Con la fe, desde luego, aceptamos lo que no vemos; pero, si alguien nos interpela, ¿podemos decir acerca de esto algo razonable?

De entre las muchas consideraciones posibles para resolver esta duda, hemos escogido dos que parecen bastante dignas de atención. Una se refiere a lo que la eternidad misma conlleva y significa, a diferencia del tiempo; la otra se refiere a nosotros como sujetos de la felicidad, es decir, al cambio en nuestras disposiciones al pasar de la vida terrena a la vida futura.

En cuanto a la primera, la eternidad no es una sucesión interminable o infinita de momentos que van pa-

El tedio aparece por la finitud de los bienes que en esta vida alcanzamos, en cuanto ninguno de ellos tiene la capacidad de saciar plenamente nuestros apetitos y deseos

sando, como pasan los momentos del tiempo. **Boecio definía la eternidad como la posesión toda simultánea y perfecta de una vida interminable.**² Lo primero, pues, es que la eternidad se define como vida, y es plenitud de vida. Por otro lado, dice **santo Tomás**

2 *Consolatione philosophiae*, V, prosa 6.

que para entender la eternidad debemos partir de la naturaleza del tiempo. El tiempo es algo que pertenece al cambio y al movimiento de las cosas. Conocemos el tiempo en cuanto que nos damos cuenta de que lo que es ahora es diferente de lo que fue antes, distinguimos lo anterior y lo posterior en el movimiento y somos capaces de contarlo, numerando días, meses, años... o horas, minutos, segundos, etc. Así, el tiempo es una cierta pluralidad, cierto número, capaz de ser contado. Sin embargo, si no hubiese cambio en el ahora, no habría un antes y un después diferentes, no habría pluralidad de instantes, sino solo la unidad del presente invariable. La noción de la eternidad consiste, pues, en la aprehensión de la uniformidad de aquello que se halla fuera del cambio y el movimiento.³ Por otro lado, como lo que no cambia absolutamente no tiene principio ni final, tiene un ser interminable, lo cual pertenece también al concepto de la eternidad.

Por esta razón, en cuanto nosotros mismos somos mudables y las cosas que experimentamos todas cambian y vienen y van, somos nosotros temporales y vivimos en el tiempo. Pero cuando Dios nos conceda, por su misericordia, verle cara a cara, al ser Él del todo inmutable, no habrá en la contemplación divina tiempo, no habrá antes ni después, sino la eternidad del ser de Dios, la cual no se nos alargará por siglos que vayan pasando uno tras otro, **sino que nos saciará como de una vez, desapareciendo el fardo del pasado con su cansancio, y desapareciendo igualmente la amenaza del futuro con su otro cansancio.** Santo Tomás lo expresa de forma sintética pero bien clara cuando dice que el hombre que haya alcanzado la beatitud del

Cielo ya no la perderá jamás, porque el poder divino hará «que el hombre se eleve a la participación de la eternidad que trasciende todo cambio».⁴ En este sentido dice el salmista: «mil años a tus ojos son un ayer que pasó; una vigilia en la noche».⁵ Por lo cual, «vale más un día en tus atrios que mil en mis mansiones», como dice también en otro momento.⁶

Solo Dios puede saciar plenamente al hombre

En la visión de Dios no puede aparecer tedio, porque **Dios es el bien perfecto, plenamente saciativo del deseo humano, fuera del cual no queda nada por desear. El tedio aparece por la finitud de los bienes que en esta vida alcanzamos, en cuanto ninguno de ellos tiene la capacidad de saciar plenamente nuestros apetitos y deseos.** Los bienes finitos primero nos alegran y satisfacen, pero con el tiempo finalmente cansan o aburren, precisamente porque no abarcan todo lo que queremos, y así, pronto deseamos otros bienes que vengan a sustituirlos, necesitamos cambiar y encontrar cosas nuevas que reanimen nuestra alegría. **La visión beatífica, que se llama así precisamente porque produce la felicidad, es, por el contrario, tal que colma completamente el deseo humano, pues contiene el bien perfecto y no queda fuera de ella ningún bien que el hombre pueda necesitar.**

Escribe santo Tomás de Aquino: «La felicidad es el bien perfecto que aquietta totalmente el apetito. Si no, no sería el fin último, si aun quedara algo por apetecer. Ahora bien, el objeto de la voluntad, que es el ape-

tito humano, es el bien universal, así como el objeto del intelecto es la verdad universal. Por lo cual es patente que nada puede aquietar la voluntad del hombre, sino el bien universal. El cual no se encuentra en algo creado, sino solo en Dios, puesto que toda creatura tiene la bondad participada. Luego, sólo Dios puede llenar la voluntad del hombre, como se dice en el salmo 102, 5: que colma de bienes tu deseo. Luego, solo en Dios se halla la felicidad del hombre.»⁷

En lo que acabamos de decir se contiene ya el otro aspecto a considerar, es decir, el cambio de nuestra

Dios es el bien perfecto, plenamente saciativo del deseo humano, fuera del cual no queda nada por desear

disposición con el paso a la vida de la gloria.

De lo que es el hecho de cambiar de disposición y lo que implica tenemos una experiencia cierta ya en esta vida. Me refiero a que el bien, lo que satisface, lo que agrada, lo que conviene a cada ser, depende de la constitución y la disposición de cada uno. El bien para el hombre no es el mismo que para el pez o para el asno; asimismo, no es el mismo para el niño que para el joven o para el anciano. En mi infancia no me gustaba la cerveza, pero ahora me gusta; en mi juventud no me gustaban las lentejas, pero ahora me encantan. Cuando estamos enfermos nada nos apetece; lo que antes nos deleitaba, ahora nos causa repugnancia. Todo esto demuestra que **el cambio en nuestras disposiciones puede alte-**

⁷ S. Th. I-II, q. 2, a. 8 c.

⁴ S. Th. I-II, q. 5, a. 4 ad 1.

⁵ Salmo 90, 4.

⁶ Salmo 84, 11.

³ S. Th. I, q. 10, a. 1 c.

Todos desean esta vida feliz

Lejos de mí juzgarme feliz por cualquier gozo que disfrute. Porque hay un gozo que no se da a los impíos, sino a los que generosamente te sirven, y ese gozo eres tú mismo. Y la misma vida bienaventurada no es otra cosa que gozar de ti, par a ti y por ti. Esa es y no otra. Mas los que piensan que es otra, otro es también el gozo que persiguen, aunque no es verdadero. Sin embargo, su voluntad no se aparta de cierta imagen de gozo.

La vida feliz es, pues, el gozo de la verdad, porque este es un gozo de ti, que eres la Verdad, ¡oh, Dios, luz mía, salud de mi rostro, Dios mío! Todos desean esta vida feliz; todos quieren esta vida, la sola feliz; todos quieren el gozo de la verdad.

Cuando yo me adhiriere a ti con todo mi ser, ya no habrá más dolor ni trabajo para mí, y mi vida será viva, llena toda ti. Mas ahora, como al que tu llenas lo elevas, me soy carga a mí mismo, porque no estoy lleno de ti...

¿Quién hay que guste de las molestias y trabajos? Toda mi esperanza no estriba sino en tu muy grande misericordia. Da lo que mandas y manda lo que quieras.

San Agustín, *Confesiones*,
lib X, cap.XXIX

rar completamente nuestros gustos y apetencias. Así, puesto que en la vida futura habremos sido transformados, aun conservando nuestra naturaleza y nuestra identidad, en otro modo de existencia, es perfectamente fácil de comprender que lo que ahora nos parece aburrido, nos resulte entonces maravilloso, infinitamente feliz y deleitable. Ahora, condicionados por nuestra carnalidad, los bienes más sublimes y más espirituales no nos resultan demasiado atractivos, nos suponen un esfuerzo que nos desanima, francamente, no nos complacen. Rezar nos cansa; estamos en misa esperando que se acabe; la vida religiosa nos asusta.

Pero, como dice san Juan, que «aún no se ha manifestado todavía lo que seremos. Sabemos que, cuando se manifieste, seremos semejantes a Él,

porque le veremos tal cual es».⁸ Esto significa que en la gloria seremos transformados y ya no seremos como ahora. Nuestras facultades se hallarán ya libres del lastre que supone no sólo la herida del pecado, sino la oscuridad de nuestra ciencia y la debilidad de nuestros amores. **Nuestras disposiciones y facultades se hallarán ordenadas a su verdadero fin y objeto**, y la condición mudable que debemos a nuestra corporalidad, aun cuando siga presente en nuestro ser en la medida que tengamos cuerpos resucitados, quedará en un plano secundario y como accesorio, pues en lo que viviremos será ante todo en la contemplación de Dios, que, como hemos dicho, nos hará trascender la temporalidad y nos levantará a una vida eterna. El Cielo no será aburrido.

8 1 Juan 3, 2.



La esperanza en el Cielo a la luz de Tomás de Aquino y Teresita de Lisieux

Isabel Margarita Jordán

En medio de las dificultades y las pruebas que nos toca afrontar, los cristianos tenemos que ser capaces de dar razón de nuestra esperanza



Santo Tomás de Aquino y la virtud teologal de la esperanza

VIVIMOS en un mundo complejo a nivel político, social, ideológico y moral. En medio de las dificultades y las pruebas que nos toca afrontar, los cristianos tenemos que ser capaces de dar razón de nuestra esperanza¹.

Según santo Tomás, la esperan-

za es una virtud teologal que tiene como objeto un bien futuro, arduo y asequible que es doble: la bienaventuranza eterna y el auxilio divino que nos permite alcanzarla². En otras palabras, la esperanza es un hábito o disposición estable infundido por Dios en el alma por el cual deseamos la salvación y confiamos en que podremos obtenerla no por nuestros méritos, sino por la gracia de Dios.

1 Cf. 1 P 3, 15.

2 Cf. S. Th. II-II, q. 17, a. 1, co.

Este bien es difícil de obtener, pero posible, y, aunque no lo poseemos todavía, podemos gozar por anticipado pensando que lo poseeremos algún día.

En ese sentido, los cristianos son personas que, en medio de las tribulaciones de esta tierra, debieran experimentar una profunda alegría porque su confianza está puesta en el amor de Dios que no defrauda. Como señala san Pablo: «¿Quién nos separará del amor de Cristo? ¿La tribula-

Para combatir la desesperación y la acedia, es importante considerar cuán fiel y amoroso ha sido el Señor con nosotros

ción?, ¿la angustia?, ¿la persecución?, ¿el hambre?, ¿la desnudez?, ¿los peligros? (...) Estoy seguro de que ni la muerte ni la vida ni los ángeles, ni los principados ni lo presente, ni lo futuro, ni las potestades, ni la altura, ni la profundidad, ni otra criatura alguna podrá separarnos del amor de Dios»³. En el fondo, lo único que puede apartarnos de Dios somos nosotros mismos si nos aferramos a nuestros pecados.

Ahora bien, para perseverar en nuestro camino al Cielo y aumentar la esperanza, es necesario rezar constantemente, pues la espera aumenta el deseo de Dios y capacita al alma para recibirlo⁴. Finalmente, hay que agregar que la esperanza no es una cuestión exclusivamente individual, sino que también posee una dimensión social en cuanto que una persona que ama a otra con amor de

benevolencia puede desear la salvación para ella del mismo modo que la espera para sí misma⁵. En ese sentido, la esperanza cristiana no es individualista ni privada, sino que tiene como objeto la bienaventuranza de todo el género humano⁶.

Ahora bien, existen dos actitudes que se oponen directamente a la esperanza: la desesperación o la presunción⁷. Por una parte, una persona puede sentir tristeza o acedia al juzgar que los bienes anhelados son demasiado difíciles o imposibles de obtener⁸. Esta actitud se produce por la falta de magnanimidad, virtud que lleva al ánimo a desear lo grande⁹. Por otra parte, el alma puede caer en la presunción, que consiste en confiar erróneamente en que se puede alcanzar la salvación por las propias fuerzas o que la salvación no tiene ninguna relación con los méritos, de manera que Dios, en su Misericordia, no va a juzgar los pecados, razón por la cual no habría que hacer penitencia por las propias culpas¹⁰.

Así, por la desesperación se desprecia la misericordia divina, mientras que por la presunción se desprecia la justicia de Dios¹¹. De estas dos actitudes, la primera es mucho más grave que la segunda porque, perdida la esperanza, los hombres dejan de esforzarse por amar y servir a Dios y, por tanto, acaban apartándose totalmente de Él y cayendo en una espiral de pecados¹². En cambio, la segunda es menos peligrosa porque es una búsqueda, aunque desordenada, de Dios

y, en ese sentido, es más similar a la esperanza y, por tanto, es más fácil caer en ese pecado.

Para combatir la desesperación y la acedia, es importante considerar cuán fiel y amoroso ha sido el Señor con nosotros porque de la contemplación de su misericordia surgirá la confianza en que nos dará el auxilio necesario para realizar lo que nos pide y, por ende, el gozo¹³. Y, para evitar la presunción pelagiana, se requiere la humildad, esto es, tener consciencia de que la salvación es un don y que nuestros actos sin gracia no pueden merecer el Cielo; y el recto temor de Dios o el temor filial, que consiste en que el alma ama a Dios como Padre y, por tanto, tiene más miedo de ofenderle que de ser castigada por sus culpas, (lo cual correspondería a un temor más servil o propio del esclavo)¹⁴.

Santa Teresita de Lisieux, maestra de esperanza

¿Cómo vivir esta esperanza? Los escritos de santa Teresita de Lisieux, patrona de Schola Cordis Iesu, pueden darnos varias pistas sobre esto. Ella misma señala sobre su camino de infancia espiritual: «Si todas las almas débiles e imperfectas sintieran lo que siente la más pequeña de todas las almas, el alma de tu Teresita, ni una sola perdería la esperanza de llegar a la cima de la montaña del amor, pues Jesús no pide grandes hazañas, sino únicamente abandono y gratitud»¹⁵.

3 Rom 8, 35-39.

4 *Spe salvi*, 32-33.

5 Cf. *S. Th.* II-II, q. 17, a. 3, co.

6 Cf. *Spe salvi* 13-15.

7 Cf. *S. Th.* II-II, q. 17, a. 5, ad. 2.

8 Cf. *S. Th.* II-II, q. 20, a. 4, co.

9 Cf. *S. Th.* II-II, q. 129, a. 7, co.

10 Cf. *S. Th.* II-II, q. 21, a. 1, co.

11 Cf. *S. Th.* II-II, q. 21, a. 1, sc.

12 Cf. *S. Th.* II-II, q. 20, a. 3, co.

13 Para esto, vale la pena meditar la «contemplación para alcanzar amor» que propone san Ignacio al final de los *Ejercicios espirituales*.

14 *S. Th.* II-II, q. 19, a. 2, co.

15 Teresa de Lisieux, *Historia de un alma*, 291. Todas las referencias de santa Teresita proceden de *Obras completas*. Trad. Manuel

Respecto del bien futuro anhelado por la esperanza, Teresita es muy consciente de que su bondad es eminente y que supera todo lo que nos podemos imaginar, y así lo manifiesta en algunos pasajes: «Dios es mucho mejor de lo que piensas»¹⁶ y «Me he formado del Cielo una idea tan elevada, que a veces me pregunto cómo se las arreglaré Dios, en mi muerte, para sorprenderme. Mi esperanza es tan grande y es para mí motivo de tanta alegría –no por sentimiento, sino por fe– que necesitaré algo que supere todo pensamiento para saciarme plenamente»¹⁷. Claramente, Teresa gozó por anticipado al meditar cómo sería su encuentro con Dios en el Paraíso y esa alegría fue una constante en su vida que no se vio alterada por los sufrimientos que le tocó soportar, pues desde muy joven había descubierto que la alegría no procedía del exterior, sino que provenía de la posesión de bienes inmateriales¹⁸.

En cuanto a la posibilidad de alcanzar ese bien, la santa francesa pone toda su confianza en los méritos del Señor, como lo manifiesta en el «Acto de ofrenda al Amor misericordioso» al pedirle a Dios la bienaventuranza: «Ya que me has amado hasta darme a tu Hijo único para que sea mi Salvador y mi Esposo, los tesoros infinitos de sus méritos son míos; te los ofrezco gustosa»¹⁹. Claramente, Teresita posee la virtud de la humildad, pues reconoce que la santidad no procede

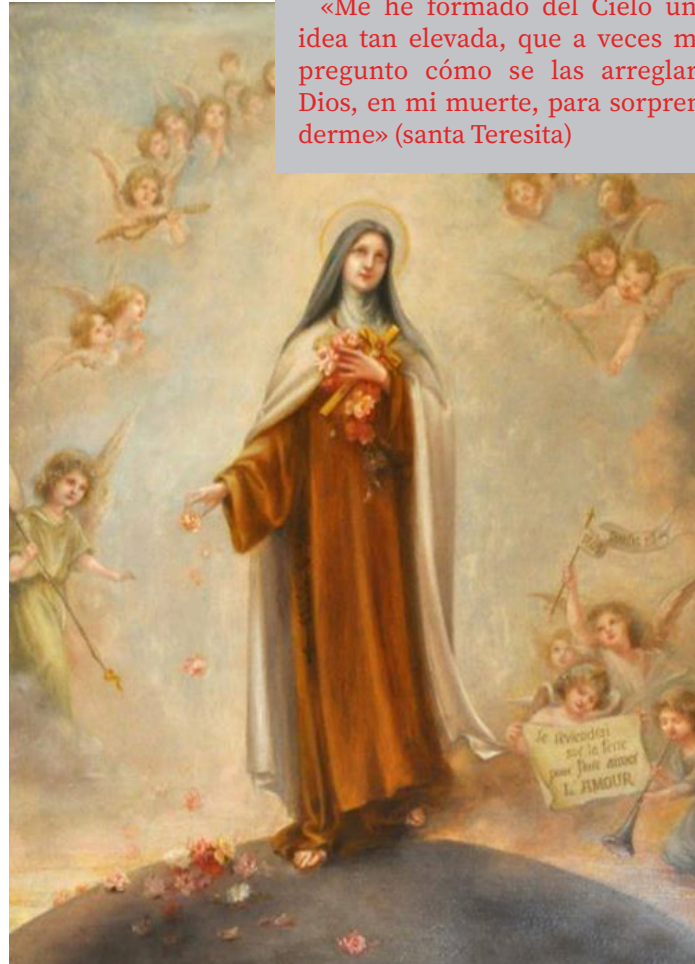
Ordóñez. Burgos: Editorial Monte Carmelo, 2015.

16 Teresa de Lisieux, «carta 191 a Leonia», 664.

17 Teresa de Lisieux, *Cuaderno amarillo, Últimas conversaciones*, 964.

18 Teresa de Lisieux, *Historia de un alma*, 235.

19 Teresa de Lisieux, «Acto de ofrenda al Amor misericordioso», 917.



«Me he formado del Cielo una idea tan elevada, que a veces me pregunto cómo se las arreglaré Dios, en mi muerte, para sorprenderme» (santa Teresita)

de sus obras, sino que es un regalo de Dios. De ahí que desee presentarse ante Dios al momento de la muerte con las manos vacías, pues sabe que sus obras humanas están manchadas, es decir, sin gracia no tienen valor salvífico²⁰. Además, es muy bonito como Teresita pone de relieve la iniciativa divina, que, desde su perspectiva, siempre ha suscitado en ella deseos grandes y posibles, fomentando la magnanimidad y la esperanza, como se puede notar en las luces que recibió durante su vida espiritual: «Dios no puede inspirar deseos irrealizables, por lo tanto, a pesar de mi pequeñez, puedo aspirar a la santidad»²¹.

20 Teresa de Lisieux, «Acto de ofrenda al Amor misericordioso», 919.

21 Teresa de Lisieux, *Historia de un alma*, 233.

Durante su existencia, Teresita también se esforzó por alimentar su esperanza mediante la oración, la cual era «un impulso del corazón, una simple mirada lanzada hacia el Cielo, un grito de gratitud y de amor, tanto en medio del sufrimiento como en medio de la alegría. En una palabra, es algo grande, algo sobrenatural que (...) dilata el alma y (...) une a Jesús»²². Como se observa en su definición, la oración es un ejercicio sencillo de confianza en el Señor que se realiza bajo cualquier circunstancia y que expande el alma para colmarla de Dios.

Con todo, hay que considerar que la oración debe ser **perseverante** porque mientras no se posea la visión

22 Teresa de Lisieux, *Historia de un alma*, 367.

beatífica, se corre el riesgo de perderla para siempre. En esa línea, Teresita permaneció firme delante del Señor, esperando contra toda esperanza,²³ incluso en los momentos más duros de su existencia (por ejemplo, cuando ignoraba si le darían la autorización para entrar al Carmelo o cuando padeció la noche de la fe). Esa enseñanza aparece, por ejemplo, en la alegoría del pajarito que contempla el Sol, imagen de Cristo, que a veces es menos perceptible para su inteligencia a causa de la desolación espiritual: «Es cierto que a veces el corazón del pajarito se ve embestido por la tormenta y no le parece creer que exista otra cosa que las nubes que lo rodean. Esa es la hora de la alegría perfecta para esa pobre y débil criaturita. ¡¡¡Qué dicha para él seguir allí, a pesar de todo, mirando fijamente a la luz invisible que se oculta a su fe!!!»²⁴

Ahora bien, se podría afirmar que la esperanza de Teresita se caracterizaba también por una dimensión comunitaria en cuanto que ella confiaba en que recibiría ayuda espiritual de otras personas y ella misma poseía a su vez un celo apostólico que incluso trascendía los límites de su vida terrena. Respecto al primer aspecto, éste se puede apreciar especialmente en su devoción por el misterio de la comunión de los santos. Para ella, muchas de las gracias recibidas se las debemos, probablemente,

23 Teresa de Lisieux, *Historia de un alma*, 233

24 Teresa de Lisieux, *Historia de un alma*, 301

Le veremos cara a cara

En la vida eterna lo primero es que el hombre se une a Dios. Pues Dios mismo es el premio y fin de nuestros trabajos: Yo soy tu protector y tu gran merced (Gn 15,1). Y esta unión consiste en la visión perfecta: Ahora vemos como por un espejo de adivinar; mas entonces (veremos) cara a cara (1 Cor 13,12).

Así mismo consiste en la alabanza suma: dice san Agustín en el (libro) 22 *De civitate Dei*: «Veremos, amaremos y alabaremos»; e Is 51,3: «Se encontrarán en ella (la Nueva Jerusalén) el gozo y la alegría, la acción de gracias y la voz de la alabanza».

(La vida eterna consistirá) igualmente en la saciedad perfecta de los deseos, pues allí cada uno de los bienaventurados tendrá más de lo deseado y esperado. La razón de ello es que nadie puede llenar sus deseos en esta vida, ni ninguna cosa creada sacia los deseos del hombre: sólo Dios los sacia y excede; y por eso no descansa más que en Dios, (como dice) san Agustín en el (libro) I de las *Confesiones*: «Nos hiciste, Señor, para ti y nuestro corazón está inquieto hasta que descansa en ti».

Y puesto que los santos en la patria (celeste) tendrán a Dios perfectamente, es evidente que se saciarán sus deseos y que la gloria aun los excederá. Y por eso dice el Señor en Mt 25,21: Entra en el gozo de tu Señor. Y san Agustín: «Todo el gozo no entrará en los que se alegran; sino que todos los que se alegran entrarán en el gozo». Y el Sal 16,15: «Me saciaré cuando aparezca tu gloria»; y una vez más en el 102,5: Quien llena de bienes tu deseo.

Santo Tomás, *La vida eterna* art.12



a un alma escondida que intercedió por nosotros²⁵. Por eso, en el «Acto de ofrenda», les solicita a los bienaventurados que la hagan partícipe de su caridad, de manera que ellos se lleven la gloria de su santidad²⁶. En cuanto al segundo aspecto, la patrona de las misiones siempre pensó que iba a dedicarse después de su muerte a derramar gracias sobre la tierra y así lo confiesa en sus escritos: «Lo que me atrae a la patria del Cielo es la llamada del Señor, es la esperanza de poder amarle por fin tanto como he deseado, y el pensamiento de que podré hacerle amar por una multitud de almas que lo bendecirán eternamente».²⁷

En lo que se refiere a los pecados que se oponen a la esperanza, Teresa sugiere varias maneras de evitarlos. **Ante la desesperanza, propone el camino de la infancia espiritual** en el cual resplandece la imagen de Dios como Padre amoroso dispuesto a perdonar nuestras infidelidades. Para explicar esto, Teresa utiliza la alegoría de un niño travieso (metáfora de cada uno de nosotros) que ofende a su padre (Dios), pero arrepentido sinceramente de su culpa, le pide perdón cariñosamente y le promete que no volverá a repetir su error, conmoviendo su corazón.²⁸

25 Teresa de Lisieux, *Últimas conversaciones, cuaderno amarillo*, 1024.

26 Teresa de Lisieux, *Historia de un alma*, 307.

27 Teresa de Lisieux, «carta 254 al padre Roulland», 744.

28 Teresa de Lisieux, «carta 258 al abate

En cuanto al pelagianismo propio de la presunción, la Doctora de la Iglesia desvaloriza nuestros actos cuando señala que «todas nuestras justicias tienen manchas»²⁹ delante del Señor, razón por la cual **ella quiere comparecer ante Él el día del jui-**

Ante la desesperanza, santa Teresita propone el camino de la infancia espiritual en el cual resplandece la imagen de Dios como padre amoroso dispuesto a perdonar nuestras infidelidades

cio con «las manos vacías».³⁰ La idea de que nuestras obras no son meritorias por sí mismas la lleva a darse cuenta de que, en el fondo, a Dios le agrada que reconozcamos nuestra pobreza y esperemos ciegamente en su misericordia³¹.

Respecto al desprecio de la justicia divina, **santa Teresita siempre se toma con seriedad la necesidad de una verdadera conversión para recibir el perdón divino, aun cuando nunca deje de constatar que esa transformación interior es obra de la gracia divina, incluso de una gracia**

Bellière», 750.

29 Teresa de Lisieux, «Acto de ofrenda al Amor misericordioso», 919.

30 Teresa de Lisieux, «Acto de ofrenda al Amor misericordioso», 919.

31 Cf. Teresa de Lisieux, «carta 197 a sor María del Sagrado Corazón», 675.

que se anticipa al pecado.³² Con todo, vale la pena notar que Teresita posee un temor filial ante la justicia divina, pues declara que no querría desagradarle, pero no por miedo, sino por amor³³. Además, es tan consciente de que en Dios todas las perfecciones se identifican, que al contemplar su justicia ve al mismo tiempo su misericordia como se puede notar en la siguiente reflexión: «¡Qué dulce alegría pensar que Dios es justo!, es decir, que tiene en cuenta nuestras debilidades, que conoce perfectamente la fragilidad de nuestra naturaleza. ¿De qué voy, pues, a tener miedo?»³⁴.

Finalmente, Teresita da testimonio sobre cómo la experiencia la ha ido confirmando en la esperanza, pues concluye: «Vi que la única cosa necesaria era unirme cada día más a Jesús y que todo lo demás se me daría por añadidura. Y mi esperanza nunca ha sido defraudada».³⁵ Pidámosle, pues, que ella nos dé la gracia de esperar con alegría, magnanimidad, humildad y temor filial los bienes eternos.

32 Para explicar esta idea, Teresa utiliza la alegoría de un padre que, sabiendo que hay una piedra en el camino de su hijo que le puede hacer daño, la quita para evitar que su pequeño tropiece con ella. Esa piedra es símbolo del pecado del cual Dios aparta a algunas personas con un amor previsor (Cf. *Historia de un alma*, 170).

33 Cf. Teresa de Lisieux, *Historia de un alma*, 284.

34 Teresa de Lisieux, *Historia de un alma*, 285.

35 Teresa de Lisieux, *Historia de un alma*, 361.

La vida de los que en ti creemos, Señor, no termina, se transforma; y al deshacerse nuestra morada terrenal, adquirimos una mansión eterna en el Cielo

Sobre la inmortalidad del alma

Extraído de la instrucción pastoral «un Dios de vivos» sobre la fe en la resurrección, la esperanza cristiana ante la muerte y la celebración de las exequias. Asamblea plenaria de la CEE, 18 de noviembre de 2020.

EL punto de partida de la antropología cristiana es la creación del **hombre en su unidad de alma y cuerpo**: «Uno en cuerpo y alma, el hombre, por su misma condición corporal, reúne en sí todos los elementos del mundo material, de tal modo que, por medio de él, estos alcanzan su cima y elevan la voz para la libre alabanza del Creador. Por consiguiente, no le es lícito al hombre despreciar la vida corporal, sino que, por el contrario, tiene que considerar su cuerpo bueno y digno de honra, ya que ha sido creado por Dios y que ha de resucitar en el último día».¹ En este texto del Concilio Vaticano II encontramos una síntesis de la visión cristiana del ser humano y de su relación con la resurrección de la carne.

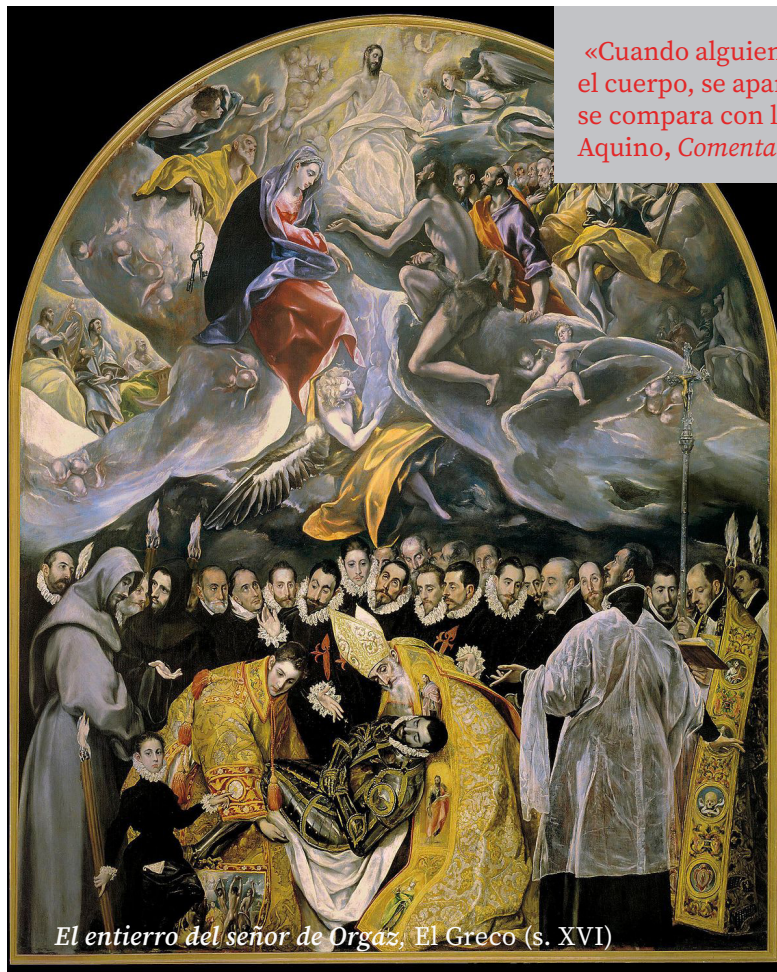
Junto a la afirmación de esta unidad, la Iglesia siempre ha enseñado una dualidad de elementos, ambos constitutivos del ser humano, que tradicionalmente se han denominado «cuerpo» y «alma». **Esto evita caer tanto en un dualismo que considere que lo esencial del hombre**

es solo el alma y que el cuerpo es una cárcel que la aprisiona, como en una visión materialista que reduzca al ser humano a su corporeidad: «No se equivoca el hombre cuando se reconoce superior a las cosas corporales y no se considera solo una partícula de la naturaleza... Pues, en su interioridad, el hombre es superior al universo entero... Por tanto, al reconocer en sí mismo un alma espiritual e inmortal, no se engaña con un espejismo falaz procedente solo de las condiciones físicas y sociales, sino que, por el contrario, alcanza la misma verdad profunda de la realidad».² Tanto el cuerpo como el alma son esenciales para la identidad de cada ser humano concreto³. Por ello, la santificación que la gracia de Dios realiza en el creyente lo transforma en todas

2 Ibid.

3 Cf. *Catecismo de la Iglesia católica*, n. 365: «La unidad del alma y del cuerpo es tan profunda que se debe considerar al alma como la «forma» del cuerpo; es decir, gracias al alma espiritual, la materia que integra el cuerpo es un cuerpo humano y viviente; en el hombre, el espíritu y la materia no son dos naturalezas unidas, sino que su unión constituye una única naturaleza».

1 Concilio Ecuménico Vaticano II, constitución pastoral sobre la Iglesia en el mundo actual *Gaudium et spes*, 14.



sus dimensiones, hasta el punto de convertir su cuerpo en templo del Espíritu Santo: «¿Acaso no sabéis que vuestro cuerpo es templo del Espíritu Santo, que habita en vosotros y habéis recibido de Dios?» (1 Cor 6, 19). **Este cuerpo, que es templo del Espíritu Santo y que se ha alimentado del sacramento de la Eucaristía, está también llamado a la plenitud de la salvación en la resurrección del último día.**⁴

4 Cf. San Ireneo, *Adversus haereses* V 2 3: Los hombres «dando cabida al Verbo de Dios se vuelven eucaristía, a saber, cuerpo y sangre de Cristo: así también nuestros cuerpos, alimentados por ella y enterrados y disueltos en tierra, se levantarán en su tiempo con el despertar que graciosamente les otorgue el Verbo de Dios para gloria de Dios Padre». Cf. también Francisco, audiencia general (4 de diciembre de 2013): «Y esta transfor-

Es incompatible con esta antropología la creencia en la reencarnación, ya que no considera el cuerpo como un elemento esencial constitutivo de la propia identidad irreplicable y única de la persona humana⁵. Tampoco es compatible con la fe cristiana la comprensión de la muerte como «muerte total» (de alma y cuerpo), y de la parusía como una nueva creación de la nada. Esta hipótesis no garantiza la continuidad entre la persona que murió y la que resucitará.

mación, esta transfiguración de nuestro cuerpo se prepara en esta vida por la relación con Jesús, en los sacramentos, especialmente en la Eucaristía.

5 Cf. Comisión episcopal para la doctrina de la fe de la Conferencia Episcopal Española, «Esperamos la resurrección y la vida eterna» (1995), donde se trata con más amplitud esta cuestión.

Para asegurar esta continuidad, la Iglesia afirma la inmortalidad del alma, y distingue entre la situación en que ésta queda después de la separación del cuerpo (un estado de pervivencia que no es definitivo ni ontológicamente pleno⁶, sino intermedio y transitorio) y la que alcanzará con la resurrección de la carne, cuando Cristo venga en gloria al fin de los tiempos. En el estado previo a la resurrección, que la tradición teológica ha denominado «estado intermedio», el alma que está a la espera de su unión definitiva con el cuerpo⁷, es purificada para

6 Cf. Tertuliano, *De resurrectione mortuorum*, 34, 3: «¿Qué indigno sería de Dios llevar medio hombre a la salvación!»

7 Cf. Benedicto XVI, carta encíclica *Spe salvi*, 46: «Para salvarse es necesario atravesar el «fuego» en primera persona para

el encuentro con Dios.⁸ En el caso de los bienaventurados, cuyas almas inmediatamente después de la muerte gozan de la visión de Dios,

En el caso de los bienaventurados, cuyas almas inmediatamente después de la muerte gozan de la visión de Dios, la salvación tampoco es completa porque no afecta a la totalidad del ser humano ni incluye la dimensión comunitaria y cósmica (cf. Rom 8, 19-24)

la salvación tampoco es completa porque no afecta a la totalidad del ser humano ni incluye la dimensión comunitaria y cósmica (cf. Rom 8, 19-24). Esto es coherente con la tra-

llegar a ser definitivamente capaces de Dios y poder tomar parte en la mesa del banquete nupcial eterno». Cf. también *ibid.*, 47s.

8 Cf. Benedicto XII, bula *Benedictus Deus*, DS1000

dicción de la Iglesia que ora por los difuntos y acude a los santos en la oración pidiendo su intercesión ante Dios. La plegaria por los difuntos y la praxis de ofrecer la eucaristía implorando su salvación, que hunde sus raíces en los primeros siglos del cristianismo⁹, dejaría de tener sentido si con la muerte se llegara a la plenitud de la vida.¹⁰

9 San Agustín no olvida las palabras de su madre santa Mónica en el lecho de muerte, cuando dice a los que la acompañan: «Depositad este cuerpo mío en cualquier sitio, sin que os dé pena. Solo os pido que dondequiera que estéis, os acordéis de mí ante el altar del Señor» (*Confesiones*, IX, 11, 27).

10 Cf. Benedicto XVI, carta encíclica *Spe salvi*, 48: «Mi intercesión en modo alguno es algo ajeno para el otro, algo externo, ni siquiera después de la muerte. En el entramado del ser, mi gratitud para con él, mi oración por él, puede significar una pequeña etapa de su purificación. Y con esto no es necesario contar el tiempo divino en términos de tiempo terrenal: en la comunión de las almas queda superado el simple tiempo terrenal».

Recomendación del alma

«Alma cristiana, al salir de este mundo, marcha en el nombre de Dios Padre Todopoderoso, que te creó, en el nombre de Jesucristo, Hijo de Dios vivo, que murió por ti, en el nombre del Espíritu Santo, que sobre ti descendió. Entra en el lugar de la paz y que tu morada esté junto a Dios en Sión, la ciudad santa, con santa María Virgen, Madre de Dios, con san José y todos los ángeles y santos [...] Te entrego a Dios, y, como criatura suya, te pongo en sus manos, pues es tu Hacedor, que te formó del polvo de la tierra. Y al dejar esta vida, salgan a tu encuentro la Virgen María y todos los ángeles y santos [...] Que puedas contemplar cara a cara a tu Redentor»

Rito de la unción de enfermos y de su cuidado pastoral, orden de recomendación de moribundos, 146-147. CIC 1020



«Resplandor de la luz eterna» del Santo Padre Francisco

Stefano Abbate

En el VI centenario de la muerte del poeta florentino Dante Alighieri el papa Francisco ha querido recordar a través de la carta apostólica «Candor aeternae» cómo la obra de Dante nos remite a las raíces cristianas de Europa.

LA carta apostólica *Candor lucis aeternae* escrita por el papa Francisco es la continuación de las intervenciones de Benedicto XV y Pablo VI acerca del poeta florentino Dante Alighieri. Con mucho esmero el papa Francisco quiere recordar las palabras de sus predecesores y siguiendo su ejemplo celebrar la grandeza del poeta florentino en el VI centenario su muerte y proponerlo así nuevamente a la atención de la Iglesia.

En 1921, **Benedicto XV** en la encíclica *In praeclara summorum* reivindicaba la catolicidad de Dante y lo señalaba como «validísima guía para los hombres de nuestro tiempo». Se le puede decir que Dante es «nuestro» por «su llama del ingenio y la virtud poética» y también porque la que inspiró a Dante «es la misma piedad que hay en nosotros».

También **Pablo VI**, señala el papa Francisco, recordaba que Dante pertenece a la fe católica porque en su obra todo inspira amor a Cristo. Su poema quiere ser «práctico y trans-

formante» para ayudar al hombre a dejar el pecado y amar la santidad. La *Divina Comedia* es así un poema de paz: perdida para siempre en el Infierno, esperada en el Purgatorio y triunfante en el Paraíso.

San Juan Pablo II y **Benedicto XVI** también quisieron recordar el poeta florentino. El primero destacando el esfuerzo de Dante para «conseguir que el peso de lo humano no destruyese lo divino que hay en nosotros, ni tampoco que la grandeza de lo divino anulase el valor de lo humano». El segundo destacó cómo Dante contemplando la Santísima Trinidad, al final de su viaje, percibió un «rostro humano, el rostro de Jesucristo (...) Este Dios tiene un rostro humano y –podemos añadir– un corazón humano».

El papa Francisco subraya que la obra de Dante nos «remite a las raíces cristianas de Europa y Occidente» y representa un patrimonio de valores que la Iglesia propone como base de la convivencia humana. En la primera parte de su aportación,



Domenico di Michelino, *Dante y la Divina Comedia* (1465)

el papa Francisco recuerda la situación de exiliado de Dante que murió fuera de su amada ciudad natal. Su carrera política terminó con un exilio temporal de dos años, la inhabilitación a cargos público y una multa. Al rechazar la sentencia por considerarla injusta fue condenado al exilio perpetuo y a la pena de muerte en caso de que regresara a su patria. Se convirtió así en un «peregrino pensativo», una condición que sufrió profundamente y que marcará el resto de su vida. Posteriormente, tampoco quiso aceptar una humillante amnistía que le hubiera permitido regresar a Florencia. De este modo, como peregrino itinerante estuvo bajo la protección de varios señores de la región hasta su muerte en Ravena en 1321. El exilio se transformó para el poeta en una «triste nostalgia», una «angustiosa melancolía» que le sirvió para reflexionar más profundamente sobre la fragilidad, la incertidumbre y, en general, sobre la condición humana. La vida se revela así como un itinerario existencial donde el deseo inscrito en el

alma humana anhela su felicidad que es la «visión del Amor que es Dios». Delante de la ferocidad y el egoísmo de los hombres de su tiempo, **Dante nos invita a no sucumbir delante de las injusticias sino a buscar incesantemente el bien de nuestra alma y la plenitud prometida.**

Dante nos invita a no sucumbir delante de las injusticias, sino a buscar incesantemente el bien de nuestra alma y la plenitud prometida

En este sentido, Dante tiene la misión de exhortar a los hombres a cambiar su conducta. **Lo que Dante ha vivido en su peregrinación en el Infierno, Purgatorio y Paraíso debe ser contado para la conversión de los hombres de su tiempo.** Del mismo modo, la denuncia de la corrupción en algunos sectores de la Iglesia debe ser vista en esta perspectiva

en pos de una profunda renovación impulsada por la Providencia.

El Papa subraya cómo Dante fue capaz de vislumbrar la chispa del deseo hasta en los personajes más abyectos de su viaje. El deseo mal encaminado que se repliega sobre sí mismo y no apunta hacia Dios está muy presente en las páginas de la *Divina Comedia*. Se hace patente la huella de **san Agustín** en el pensamiento de Dante. Como el Santo de Hipona, Dante quiere escudriñar el ánimo humano en la búsqueda incesante de Dios y los modos en los cuales puede perder su fin último replegándose sobre sí mismo y perdiendo de este modo su bien más grande. Se puede apreciar también la influencia de **santo Tomás** en su concepción del deseo, como por ejemplo cuando Dante afirma en *El Convite* que «el sumo deseo de toda cosa, dado en primer lugar por la misma naturaleza, es el retorno a su principio». Por estas razones, el Papa afirma que la *Divina Comedia* es el camino del deseo.

Dante es también el cantor de la **misericordia de Dios que siempre**

ofrece la posibilidad de convertirse. El Papa cita el caso de Trajano, pagano y, sin embargo, situado en el paraíso que por el gesto a una pobre viuda logró salvar su alma o Buonconte de Montefeltro, herido mortalmente en guerra, que por pronunciar en punto de muerte el santo nombre de «María» salvó su alma. Al mismo tiempo, el Papa subraya

Es María la que se dio cuenta de que su hijo Dante estaba en peligro

la importancia que Dante otorga a la libertad del hombre como el mayor don que Dios ha hecho al hombre. Por esta libertad el hombre anhela tan «alto deseo» y este deseo se hace oración, súplica e intercesión para alcanzar el bien deseado.

El camino del deseo y de la libertad que se orientan a Dios por la gracia divina no implica la reducción de lo humano ni su existencia histórica. La gracia no destruye sino perfecciona la naturaleza y por ende todo lo humano se conserva en la beatitud: el aspecto corpóreo, los afectos, las emociones y los gestos siguen presentes en los encuentros con los bienaventurados. Hasta los niños presentes en la rosa de los bienaventurados, dice san Bernardo, pueden ser reconocidos por sus rostros y las voces pueriles. **Como culminación de esta humanidad transfigurada, en la visión de la Santísima Trinidad, Dante distingue un rostro humano, el de Cristo en el cual le «pareció representada nuestra efigie».** El misterio de la Encarnación es el «verdadero centro inspirador y núcleo esencial de todo el poema». La humanidad es así elevada a Dios en

quien puede descansar y encontrar su felicidad.

Por el mismo misterio de la Encarnación, Dante no puede dejar de entonar las alabanzas a María: fue ella que se dio cuenta de que su hijo Dante estaba en peligro, pues antes de pedir socorro, nuestra Madre del Cielo se adelanta a nuestra petición. La oración de san Bernardo en el canto XXXIII es de una belleza inigualable: «Virgen madre, hija de tu Hijo, / la más humilde y alta de las criaturas, / término fijo de la eterna voluntad, / tú eres quien la humana naturaleza / ennobleciste, de modo que su hacedor / no desdenó convertirse en su hechura». **La premura de María fue necesaria para la salvación de Dante.** Ha sido ella quien avisó a santa Lucía, de la cual Dante era muy devoto; que a su vez avisó a Beatriz, la mujer amada; que finalmente avisó a Virgilio. **Una cadena de amor desde el Cielo se puso en marcha para rescatar a Dante que había perdido el «recto camino».**

De los varios santos que Dante encuentra en el Paraíso, el Papa se centra principalmente en san Francisco de Asís. Según el Papa, ambos comparten «la apertura a la belleza y al valor del mundo de las criaturas, espejo y “vestigio” de su Creador».

En definitiva, la obra de Dante suscita «admiración, maravilla y gratitud» y nos pide que no sea solamente leída y analizada sino sobre todo escuchada e imitada para que nos «hagamos sus compañeros de viaje» pues también hoy nos puede enseñar la senda a la verdadera felicidad y el camino recto para vivir nuestra humanidad.

El hombre está hecho para la eternidad

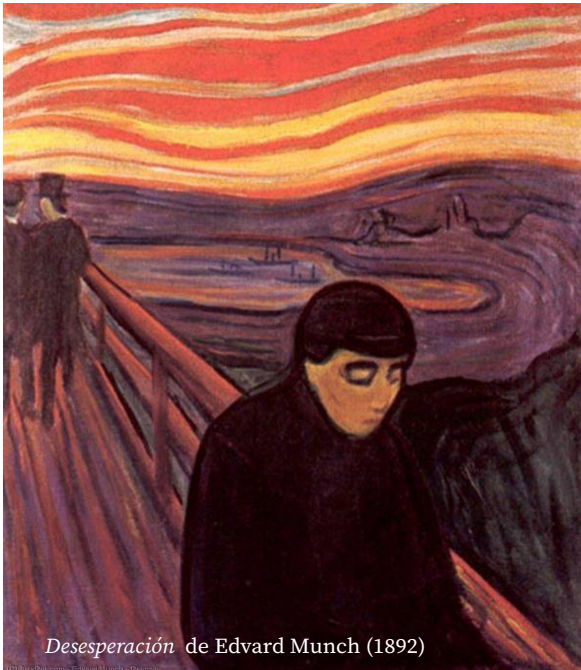
Estamos hechos para Dios y nuestro corazón está inquieto en la medida que no descansa en Dios. Ese es el corazón de nuestra fe: creer que desde ahora podemos compartir la vida de Dios. Entonces, está establecido para la eternidad que ¡los hombres no pueden realizar sus destinos, sino es dentro de un orden sobrenatural, donde, por los dones enteramente gratuitos de la gracia de Dios, ellos son hijos de Dios! la pregunta ineludible, sobre el sentido de la existencia humana. Esta respuesta está entera, en un adagio, que es tradicional en la Iglesia desde los primeros siglos. Parece que el primero en utilizarlo fue san Ireneo, obispo de Lyon, que murió en el año 200. Este adagio fue repetido por los Padres de la Iglesia, sean del occidente, o del oriente. Yo se los voy a citar en latín para que tenga su carácter de autenticidad. Decía san Ireneo: «*Dei homo factus est ut homo fieret Deus*», esto es, «Dios se hace hombre para que el hombre se haga Dios».

Cardenal Robert Sarah, *El futuro de la Iglesia en Europa*, Draguignan, 18 de septiembre de 2021

«El hastío que hoy nos corrompe»*

Juan Manuel de Prada

Nos advertía Chesterton que, cuando despojamos cualquier realidad de su dimensión sobrenatural, no lograremos nunca entenderla; pues las realidades despojadas de su dimensión sobrenatural no se convierten en naturales, sino en «antinaturales»



Desesperación de Edvard Munch (1892)

EL miedo a la muerte es connatural al ser humano. Pero, en los pueblos en donde florece la fe, ese miedo es vencido, o siquiera mantenido a raya, por consuelos sobrenaturales que permiten arrostrearlo con entereza; y la conciencia

común de la muerte genera conductas verdaderamente solidarias con el vulnerable, con el enfermo, con el moribundo y con el muerto (al que no se deja morir como a un perro sarnoso). En cambio, **en los pueblos donde la fe ha perecido o se ha marchitado, el miedo a la muerte se exagera, propiciando actitudes pánicas y angustiadas**, que al principio se disfrazan de un emotivismo aspaftero, para luego volverse desesperadamente indolentes (recordemos el célebre poema Esperando a los bárbaros de Kavafis). El hastío que hoy nos corrompe no es sino la estación terminal de la desesperación pagana. A veces esta desesperación se expresa rabiosamente (los pueblos que no salen en procesión rogativa salen tarde o temprano a quemar contenedores), como la cucaracha que patatea en su agonía; y a veces se expresa medrosamente, como el gusano que se encoge hecho un ovillo. Y todo por rehuir la muerte, que para el hombre descreído es siempre una condena; y que para el hombre con fe es, sobre todo, una promesa.

* Extraído de Juan Manuel de Prada, «Hastío coronavírico», *XL Semanal*, 22 de febrero de 2021.



¿Qué Cielo esperamos?

Francesc María Manresa i Lamarca

Una invitación de Gustave Thibon a la reflexión sobre la eternidad

SERÉIS como dioses» es una «obrita» de teatro de Gustave Thibon que nos coloca ante una hipótesis límite y nos ofrece muchas y variadas reflexiones en su jugoso texto.

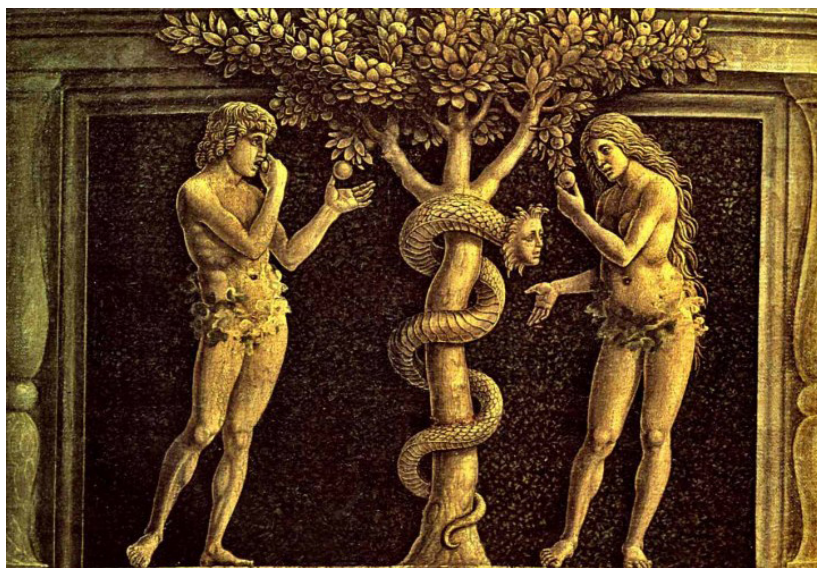
Alfredo Sáenz¹ la colocó entre las obras que nos hablan del «fin de los tiempos», no sin razón, aunque no fuera ésta la intención primera del autor. Ciertamente Thibon nos propone un tiempo de la historia en que la humanidad alcanza el zénit del dominio técnico y psíquico, un tiempo en el que Dios se ha retirado de la escena silenciosamente y ha permitido al hombre ocupar su lugar... como anuncian en el pórtico del librito los

1 Alfredo Sáenz, S.J. *El fin de los tiempos y seis autores modernos*

versos de Frédéric Mistral: *Et, devant l'Homme souverain, Dieu, pas à pas, se retirant.*

La obra es también una reflexión sobre el tecnicismo, la fe en la ciencia, el progreso, el dominio de la naturaleza, como si todo progreso técnico decrementara la fe, como si los logros técnicos del hombre anunciaran la derrota de Dios. Si, como propone Thibon, la ciencia nos ofreciese un mundo donde ya no hubiera muerte, donde, eliminado el sufrimiento, la felicidad fuera necesaria; **si tuviéramos que elegir entre la perpetuidad y la eternidad ¿de qué lado se inclinarían nuestros deseos?**² En fin, una pregunta incisi-

2 *Ibíd.* prefacio, p. 24



va para los creyentes que nos ofrece una disyuntiva: **o bien es Dios la meta o bien es Dios como una canción de ruta que nos acompaña en nuestro dificultoso caminar por este mundo, que ojalá se volviera paraíso.**

Seréis como dioses, no obstante, es una reflexión metafísica, es el desarrollo de una idea esencialmente religiosa; la de las relaciones y las oposiciones entre la naturaleza y la gracia, el tiempo y la eternidad³. **Si el hombre es inmortal, convertido**

Esta ciudad de los hombres-dioses no saciaría sus ansias de eternidad y él mismo en su interior desenmascararía ese infierno [que] es la parodia sin defecto, la imitación impecable del paraíso

en dueño del tiempo, no esperará un mañana que no sea el de la ilimitada sucesión de los días. Aunque paradójicamente, creyéndose señor del tiempo, devendrá en cambio su prisionero: ajeno a la divinidad, proyectará en el porvenir todo lo que espera, incapaz de salir del tiempo⁴; y así el tiempo habrá suplantado la eternidad. Porque quien cree que no hay nada más allá del tiempo no puede descubrir que justamente Dios está más allá de la historia⁵.

Y es que en la obra de Thibon hay sobre todo una intención primera, la propuesta absoluta, límite y ra-

3 Gustave Thibon, *Seréis como dioses*, Diaskalos. 2020, prefacio, p.19

4 Cf. *Ibíd.*, p.125

5 Cf. *Ibíd.*, p.107: «Amanda.- Dios está más allá de la historia. Stella.- Más allá de la historia, no hay nada. El tiempo es el material del ser.»

dical de un interrogante supremo: ¿es Dios para nosotros una promesa auténtica de vida eterna o bien un seguro imaginario contra los males que afligen la vida de aquí abajo y contra la muerte que la anula?⁶

¿Qué más queréis? (salmo 127)

El obispo **D. José Ignacio Munilla** en su presentación⁷ del libro de Thibon rescata la reflexión de san Agustín al salmo 127: «Si, viniendo Dios, nos hablase con su propia voz [...] y dijese al hombre: “[...] Nada en la abundancia de todas estas cosas terrenas que deseaste, vive con ellas, no sólo temporal, sino eternamente; pero mi rostro jamás le verás; [...] aquí tienes toda la felicidad terrena; abundarás en todas las cosas, te rodearán los bienes temporales, no los perderás, no los dejarás; ¿qué más quieres?»». De la misma manera propone Gustave Thibon el punto de partida de su obra. Es la propuesta de san Agustín, alargada, descrita, adornada, dialogada... con el mismo fin: «¿qué más quieres?»

Entonces, **de la mano de Amanda, el personaje que encarna la necesidad de Dios –desconocido y misterioso–, se va desvelando la realidad de aquel mundo feliz, de aquel paraíso en la tierra, el mundo de los hombres-dioses: transparentes, impasibles, ubicuos e inmortales⁸; que hacen brotar la vida y la conciencia de sus combinaciones químicas⁹; que han abolido la triste realidad de escoger el error y el mal¹⁰; que han puesto su fe en que todo le es posi-**

6 *Ibíd.* Prefacio, p. 23

7 <https://www.enticonfio.org/2020/02/25/el-falso-paraiso/>

8 Cf. Gustave Thibon, *Op. cit.*, p.66

9 Cf. *Ibíd.*, p. 67

10 *Ibíd.*, p. 69

ble al hombre¹¹; que hacen florecer flores que no se marchitan; que ya no tienen ni creen en misterios; que ya no adoran ni a dioses ni a bestias, sino sí mismos¹². La ciudad de los hombres-dioses lo tiene todo...

Sin embargo, la ciudad de los hombres-dioses [...] no tiene puentes hacia la otra orilla...¹³ Ése es el secreto profundo de ese paraíso en la tierra que desvela Amanda, que desvela el ansia verdadera de Dios. El creyente no podría aceptar el infierno de una «alegría impuesta»; esta ciudad de los hombres-dioses no saciaría sus ansias de eternidad y él mismo en su interior desenmascararía ese infierno [que] es la parodia sin defecto, la imitación impecable del paraíso¹⁴; descubriría lo que en palabras de Simone Weil sería ese infierno: creer equivocadamente que se está en el paraíso.¹⁵

Lo que grita en mí hacia Él, es Él... es solo Él¹⁶

Pero sigue san Agustín: «sin duda lloraría y gemiría [el que ama y espera en el Señor]¹⁷ y diría: “Se me quiten todas las cosas, pero vea yo tu rostro”».

Ver el rostro de Dios, al precio que sea... el de la propia vida, el del peaje de la muerte, la hermana muerte de san Francisco. Desear la muerte en el mundo de los hombres-dioses es el fracaso de aquella civilización imaginaria... y es la única vía de salvación.

11 Cf. *Ibíd.* Pág. 92

12 Cf. *Ibíd.* Pág. 99

13 *Ibíd.* Pág. 104

14 *Ídem.*

15 S. Weil, *La gravedad y la gracia*. Citado por G. Thibon en el prólogo de su obra.

16 Gustave THIBON, *Op.cit.* Pág. 112

17 San Agustín dice «el temor casto», que es aquel que ama y espera al amado y teme su retraso.

La muerte es ese puente hacia la otra orilla del que carece la ciudad de los hombres-dioses; es también la única puerta que ellos han cerrado mientras decían abrir todas, porque ellos veían en ella el fin de sus días, el fin de su felicidad, el quebranto de todas sus seguridades... cuando en realidad el temor que producía era el del misterio, como el estremecimiento de la virgen frente al esposo¹⁸.

Porque la muerte de los hombres no es un accidente de la naturaleza: es un castigo y una promesa¹⁹, como rezamos en el prefacio de difuntos: «aunque la certeza de morir nos entristece, nos consuela la promesa de la futura inmortalidad. Porque la vida de los que en ti creemos, Señor, no termina, se transforma; y, al deshacerse nuestra morada terrenal, adquirimos una mansión eterna en el Cielo».

La muerte es, en fin, la puerta que abrió Cristo con su resurrección, y ya no es más una condenación, sino una liberación. Porque no se trata de que sea el miedo a la muerte lo que nos hace gritar hacia Dios sino la llamada de Dios la que nos haga aceptar y desear la muerte²⁰.

Como en los versos de José Luis Martín Descalzo: «Morir sólo es morir. Morir se acaba. /[...] Es cruzar

una puerta a la deriva / y encontrar lo que tanto se buscaba».

Una elección absoluta

Thibon reconoce que no cree que jamás se le presente una elección al hombre bajo esta forma tan absoluta. Seguramente no cree tampoco que los sufrimientos de este mundo no nos ayuden a desear el Cielo, ni que las delicias del otro mundo no nos ayuden a despreciar éste. Pero quiere salir al paso de la confusión de dos universos, el de la naturaleza y el del tiempo en el que se desenvuelve el progreso a priori ilimitado del hombre, y el de la gracia y la eternidad donde solo Dios puede introducirnos²¹.

Anida en el hombre un ansia de eternidad, puesta por Dios en su origen y que solo se cierra cuando alcanza su fin, que es Dios mismo. No hay progreso ni seguridad ni tiempo que pueda llenarlo ni que pueda suplirlo. Es ésta la misma ansia que sentía san Agustín cuando decía «Nos has hecho, Señor, para ti y nuestro corazón está inquieto hasta que descansa en ti». Él es nuestra felicidad, en Él está la medida de nuestra vida, en Él hallamos lo que no podrían crear ni todo el poder de los hombres-dioses: Él es el amor.

Por eso, ese Dios que nos espera

más allá de la muerte, sabe callar, sabe esperar, sabe respetar la libertad, no ajusta las almas como un relojero, es casto como las nieves bajo el Cielo...²² Y por eso, en nuestro mundo de seguridades, a menudo nos resulta incomprensible, misterioso, incluso inexistente; porque no aceptamos lo que dice la protagonista: No sabes hasta dónde puede llegar el silencio de Dios.²³

Los verdaderos discípulos

Y volvemos al principio, a la cuestión fundamental de la obra de Gustave Thibon... y la de nuestra vida, aquella ante la que nos sitúa el autor y nos hace reflexionar: ¿qué Cielo esperamos? ¿El de la prolongación bienaventurada de la vida terrenal o aquel que ni el ojo vio, ni el oído oyó, ni el hombre puede pensar lo que Dios ha preparado para los que lo aman (1Cor 2, 9)?; de modo que si ante esta elección suprema podemos decir junto a san Pablo «cupio dissolvi et esse tecum» (deseo morir y estar contigo), si deseamos ver a Dios desde el fondo de nuestro ser, no ya en el espejo de la creación, sino cara a cara, entonces somos verdaderamente discípulos de aquel cuyo reino no es de este mundo da como da el mundo²⁴.

18 Gustave Thibon, *Op.cit.*, p. 100

19 *Ibíd.*, p. 125

20 *Ibíd.*, prefacio, p.24

21 *Cf. Ibíd.*, p. 24

22 *Ibíd.* p. 109

23 *Ídem.*

24 *Cfr. Ibíd.* Prefacio, p. 23

El miedo a la muerte del hombre moderno

La negación de la muerte recorre nuestros tiempos. El hombre moderno le tiene un miedo obsesivo. Ya no quiere admitir que la vida posee un final. A la muerte se la disfraza maquillándola, como una realidad deshonorosa y terrorífica. Dios ha muerto; la muerte también. El *Homo deus* corre como un loco deseoso de apoderarse por la fuerza de la bandera de la inmortalidad.

La sobrenatural esperanza en el Reino de Cristo, nuclear optimismo del padre Enrique Ramière

José Javier Echave-Sustaeta

Su optimismo se funda en que las promesas vinculadas a la devoción al Corazón de Jesús son prenda segura de la espléndida instauración del reinado del amor de Cristo en nuestro mundo



Bdo. P. Enrique Ramière, S. J.
1821-1984

SCHOLA Cordis Iesu ha recibido como singular carisma el de proclamar la esperanza en la venida de Cristo a reinar en nuestro mundo, que Él nos ha revelado mediante la devoción a su divino Corazón. Así lo expresa como lema la cabecera de esta revista: «Al Reino de Cristo por los Corazones de Jesús y María».

Los miembros de Schola recibimos este carisma de labios de don Francisco Canals Vidal, a quien se lo había transmitido su maestro, el padre Ramón Orlandis Despuig, S.I. que gustaba llamarse curador espiritual de Schola Cordis Iesu en su minoría de edad.

El padre Orlandis se gloriaba de ser humilde heredero y continua-

dor del espíritu del padre Enrique Ramière S.I., y formará su Schola animado por su consoladora esperanza en el reinado de Cristo por su Corazón, por lo que le tenemos como muy querido antepasado de nuestra familia.

¿Cuál es ese espíritu? En el último párrafo de su escrito fundacional «Pensamientos y ocurrencias», el padre Orlandis centraba así la finalidad de la tarea formativa de los miembros de Schola: «Comprender, humilde y amorosamente, con el padre Ramière, por qué el Corazón de Jesús es el centro del dogma cristiano y de la vida espiritual, y por qué su devoción ha de ser la tabla de salvación en el diluvio de males que nos amenaza y ahoga... Sabrían que es esencial en nuestros días el invocar y rendir homenaje a Cristo como rey de las almas y de los pueblos; la trabazón íntima e indestructible entre la devoción a Cristo Rey y la devoción al Sagrado Corazón.»

El padre Orlandis, siguiendo al padre Ramière, formulaba su espíritu en dos principios; el primero: «el

Corazón de Jesús es el centro de toda la vida cristiana y espiritual, por ser fuente y origen de todas las gracias y dones que Dios hace al hombre, de todos los beneficios que le otorga en orden a su santificación y divinización», y el segundo: «El Corazón de Jesús es el principio único y divinamente eficaz de toda restauración y renovación social en el reinado de su amor»; y concluye el padre Orlandis: «Ardientemente convencido de que la devoción al Corazón de Jesús es la salvación del mundo, el padre Ramière actuaba en consecuencia».

A estos dos principios se refieren tres actitudes fundamentales: la primera el sobrenaturalismo, «Sub especie aeternitatis», comprenderlo todo bajo la luz sobrenatural. La segunda el antiliberalismo, tal como lo definía el padre Ramière: «El liberalismo es aquel sistema que afirma la completa independencia de la libertad humana, y niega, por consiguiente, toda autoridad superior al hombre, en el orden intelectual, religioso o político».

Así, en las fiestas de san Pedro Canisio en Friburgo, Ramière afirmó: «Jamás consentiremos que se divida a Jesucristo, y que se nos corte a los católicos en dos pedazos. Jamás separaremos el reino individual del Hombre-Dios de su reino social. Jamás nos formaremos dos conciencias: la del hombre y la del ciudadano, para dar la primera a Jesucristo, y la segunda al mundo. Cristianos hemos de ser en público y en particular, en casa y en el foro, siempre y en todas partes».

La tercera actitud del padre Ramière es su optimismo, fundado en que las promesas vinculadas a la devoción al Corazón de Jesús son prenda segura de la espléndida restauración del reinado del amor de Cristo en nuestro mundo, convenci-

miento que expuso magistralmente mediante su libro: *Las esperanzas de la Iglesia*.

Escribe Francisco Canals que el padre Orlandis tenía la visión «optimista» del padre Ramière de los planes de Dios sobre la Iglesia y el mundo, calificándola de «optimismo nuclear», basado en «la esperanza de una realización del reinado de Cristo sobre la tierra con una perfección mayor que la que ha alcanzado hasta ahora».

Escribe el padre Orlandis: «El Padre Ramière entendió el significado de “Reinaré a pesar de mis enemigos...” Vio con una claridad que no habían alcanzado ni los contemporáneos de santa Margarita María, ni los que en el siglo XVIII y en la primera mitad del XIX se aplicaron al estudio y al comentario de las revelaciones

«Adveniat regnum tuum», lema que sintetiza el Reino como la más íntima petición del cristiano que anhela y espera, con toda la Iglesia, la venida del Señor

de Paray, la significación de aquella promesa de reinado: “Reinaré a pesar de mis enemigos”, y a la luz de esta claridad comprendió que tal promesa no se hizo tan sólo a los cristianos considerados aisladamente, sino a las sociedades en que ellos vivían; Más aún, al mundo entero.

»Vio que Jesucristo quería salvar el mundo, valiéndose de la devoción a su Corazón divino, medio providencial, por el cual quiere establecer su reinado de amor en el mundo rebelde.

»Con él se inicia la corriente de consagraciones al Corazón de Jesús.

En ella se unen indisolublemente la devoción al Corazón de Jesús y la devoción a Cristo Rey, y de esta unión indisoluble brotan dos fórmulas ya usuales: «por la devoción al Corazón de Jesús al reinado social de Cristo»; y aquella otra en que parecen ya identificarse ambas devociones: «El reinado del Corazón de Jesús».¹ El padre Ramière «suspiraba por el Reino del Cielo y combatía por su Reino en la tierra», y para ello redactó El Apostolado de la Oración. Santa Liga de corazones unidos al Corazón de Jesús por el triunfo de la Iglesia y la salvación de las almas, y Las esperanzas de la Iglesia.

Ambas obras sintetizan la idea fuerza que dio razón a su vida: cumplir la petición que nos manda hacer Jesucristo al Padre de que venga a nosotros su Reino: «Adveniat Regnum tuum», lema que, sintetiza el Reino como la más íntima petición del cristiano que anhela y espera, con toda la Iglesia, la venida del Señor.

Esta esperanza en la venida del Reino ha sido hoy olvidada por unos, y llevada al Cielo por otros, invocando las palabras de Jesús ante Pilatos: «Regnum meum non est ex hoc mundo» Mi reino no procede de este mundo. Pero «ex» indica procedencia. El Reino de Cristo no es como los reinos de este mundo, pero sí es sobre este mundo.

3 de enero de 1884, muerte del padre Ramière

Tras ímprobos trabajos como creador y propagador del «Apostolado de la Oración», profesor de teología, defensor del movimiento infalibilista en el Concilio Vaticano, y promotor de la consagración del mundo al Corazón de Jesús, a sus 62 años

¹ «Sobre la actualidad de la fiesta de Cristo Rey», *Cristiandad*, 1 de mayo 1945.

la muerte no le cogió desprevenido.

Todos los viernes examinaba su conciencia para ver si adelantaba o retrasaba en el camino hacia Dios. El 28 de diciembre de 1883, último examen semanal, escribe en su diario: «Un aviso apremiante me acaba de enviar el Amo. Llama a mi puerta, y si no soy un loco, he de estar dispuesto a recibirle. Más que nunca debo

esforzarme en santificar las enfermedades por medio de una unión lo más constante posible al Corazón de Jesús».

En la mañana del jueves 3 de enero de 1884, víspera del primer viernes del mes, octava de la fiesta del discípulo amado, preparándose para decir misa, sufrió un desmayo y cayó desvanecido; le sentaron en un sillón y sólo hubo tiempo para darle la absolución. Murió sin agonía, con expresión tan dulce que sus compañeros no se hacían la idea de que había muerto.

Unos días antes compendia su doctrina en la intención general del Apostolado de la Oración para aquel mes de enero de 1884, titulándola: «Que venga el Reino de Dios a la tierra», escribiendo: «Tratando los socios del A.O. de apropiarse las intenciones y deseos del Corazón de Jesús, no pueden menos de pedir que se cumpla cuanto antes lo que este divino Corazón tan ardentemente desea: reinar en todos los hombres, para comunicarles los inefables tesoros de su entrañable amor, y hacerlos eternamente felices». Había redactado en su último mes de vida, esta oración para el



mes de enero de 1884, que es hoy más actual que entonces:

«¡Oh, Jesús mío! por medio del Corazón inmaculado de María Santísima os ofrezco las oraciones, obras y trabajos del presente día, para reparar las ofensas que se os hacen, y por las demás intenciones de vuestro Sagrado Corazón». «Os las ofrezco en particular, para que se acerque la hora feliz en que la copiosa efusión de gracias de vuestro Corazón divino ha de regenerar el mundo, que hoy es presa de la incredulidad y de la glacial indiferencia».

«No os detengáis, benignísimo Salvador nuestro; oíd los gemidos de vuestra querida esposa, la Iglesia, y haced que llegue por fin el deseado momento en que vuestro Reino venga y florezca en la tierra; como vive y florece en el Cielo».

El padre Gignhac escribe en su necrológica: «El bueno del padre Ramière ha ido al Cielo directamente... los mayores santos no han amado a Nuestro Señor con más desinterés, ardor, sencillez y olvido de sí mismo. Por eso ha sido agraciado con ese favor; el padre Ramière es un gran santo de la Iglesia del Cielo».

El optimismo del padre Ramière y la bancarrota del liberalismo

La bancarrota del liberalismo, así titulaba el padre Ramière una serie de artículos publicados en la revista *Études* de los jesuitas de Lyon en los años 1874 y 1875.

Su tesis es: «Que el liberalismo triunfa por todas partes no es necesario demostrarlo, basta abrir los ojos para

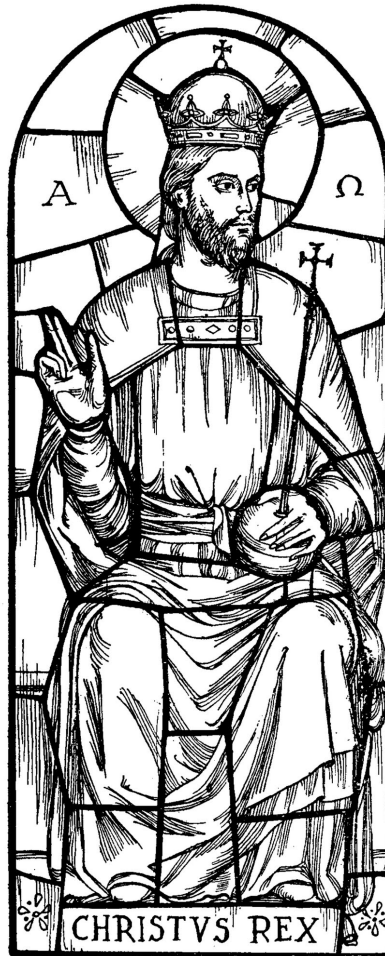
convencerse de ello. Ha afirmado su dominio sobre las almas, sobre las leyes y sobre las costumbres... y sin embargo, cuando sus conspiraciones se han visto coronadas por el más pleno éxito, cuando se ha asegurado el apoyo hasta de los poderes que debían combatirlo, se proclama la bancarrota del liberalismo, pues ha llegado a esa hora fatal en que, renegando de todas sus máximas y desmintiendo todas sus promesas, destruye todos sus propios principios con el último desarrollo de sus consecuencias».

Va analizando Ramière las promesas de felicidad que el régimen liberal había anunciado a los hombres, si sacudían el yugo de la fe cristiana, y constata la desoladora realidad en que se han convertido, causando efectos totalmente contrarios a los previstos.

Lo confirma la realidad de nuestra sociedad contemporánea, fundada en el rechazo de Dios, que no puede ser más desoladora: los jóvenes han perdido la esperanza, no quieren casarse y menos tener hijos, y sufren depresión y ansiedad, y crece el número de intentos de suicidio. Pero nuestra descristianizada socie-

dad del siglo XXI, se resiste a aceptar que se le diga que los males que la afligen pueden ser consecuencia de haber expulsado a Dios de la vida social.

Si el padre Ramière, al advertir hace siglo y medio la bancarrota del liberalismo como antesala que presagiaba la esperanza del triunfo del Reino de Cristo en el mundo, con mayor razón podemos también nosotros esperar que tras la caída de la actual Babilonia que se enriquece comerciando con los cuerpos y las almas de los hombres, se entonen los himnos de aleluya anunciados en Apocalipsis 19, 1-2: «Oí en el Cielo como una muchedumbre inmensa decía: ¡aleluya!, la salvación, la gloria y el poder son de nuestro Dios!... ha juzgado a la gran Prostituta que corrompía la tierra con su



prostitución y ha vengado en ella la sangre de sus siervos. Y volvieron a resonar las voces: «¡aleluya!»... Oí el ruido de una muchedumbre inmensa... que decían: «¡aleluya!» porque el Señor, nuestro Dios Todopoderoso ha establecido su reinado. Alegrémonos, regocijémonos y démosle gloria» (Ap 19, 6-7)

«Vi el Cielo abierto y un jinete sobre un caballo blanco. Se llama “Fiel” y “Veraz”, y juzga y combate con justicia... sobre su manto y sobre su muslo lleva escrito un nombre: Rey de Reyes y Señor de los que dominan». (Ap 19, 16) Y que dice «Sí, vengo pronto», «¡Así sea!, ¡Ven, Señor Jesús! (Ap 22, 20).²

² *La bancarrota del liberalismo*. Cristiandad. Enero, 1982.

La Eucaristía, prenda de vida eterna

«Con todo, esta situación final se puede anticipar de alguna manera hoy, tanto en la vida sacramental, cuyo centro es la Eucaristía, como en el don de sí mismo mediante la caridad fraterna. Si sabemos gozar ordenadamente de los bienes que el Señor nos regala cada día, experimentaremos ya la alegría y la paz de que un día gozaremos plenamente.

Sabemos que en esta fase terrena todo tiene límite; sin embargo, el pensamiento de las realidades últimas nos ayuda a vivir bien las realidades penúltimas.

Somos conscientes de que mientras caminamos en este mundo estamos llamados a buscar «las cosas de arriba, donde está Cristo sentado a la diestra de Dios» (Col 3, 1), para estar con Él en el cumplimiento escatológico, cuando en el Espíritu Él reconcilie totalmente con el Padre «lo que hay en la tierra y en los Cielos» (Col 1, 20).

JUAN PABLO II, *catequesis sobre el Cielo*, 21 de julio de 1999

«Cielo»: la primera palabra que pronunció santa Teresita del Niño Jesús*

Toda la vida de Louis y Zélie estará orientada a este objetivo: alcanzar el Cielo.

Llamados a la santidad

PARA el matrimonio Martin, Dios es un Padre amoroso que llama a sus hijos al Cielo, lugar de felicidad perfecta y eterna. El Bien que se ha entrevisto exige energía y determinación. En el espíritu de Celia no se trata de acumular méritos, como Teresa repetirá después con fuerza.

Escribe a su hermano menor, capaz de muy buenas iniciativas: «Veo con gusto que te estiman mucho en Lisieux; llegarás a ser un hombre importante; soy muy feliz, pero antes que nada deseo que seas santo»¹.

Respecto a la educación de sus hijas, Celia reconocerá «Nuestros padres nos educaban a todas en un espíritu de desapego a las cosas terrenas. Me parece que esta es la nota dominante de nuestra educación. La educación en nuestra familia era muy afectuosa, pero en absoluto débil»².

1 Z. Guérin, *Correspondencia familiar*, Monte Carmelo, Burgos, 2000, 116.

2 *Vie thérésienne* 201, 60.

Para la fiesta de la Inmaculada Concepción, fiesta que Celia amaba particularmente, escribió a su hija el final de su oración: «Sólo pediré que los que me has dado sean todos santos y, para mí, que yo los siga de cerca, pero tienen que ser mucho mejores que yo».³ Luis y Celia están ya con un pie en el Cielo ¿Por qué? porque Dios está en el primer lugar de su vida.

Tener hijos para educarlos para el Cielo

Sobre un puente de la ciudad de Alençon, Celia tiene una intuición espiritual por la que «reconoce» a su futuro marido. Luis la observa y piensa en el matrimonio que tendrá lugar tres meses más tarde.

Celina escribirá a su hija Paulina: «Desde que tuvimos a nuestros hijos, nuestras ideas han cambiado un poco; no vivimos más que para ellos, esta era toda nuestra felicidad, y nosotros la hemos encontrado sólo en ellos. Así, yo deseaba

3 *Vie thérésienne* 147.

* Dominique Menville, «Louis Martin y Zélie Guerin: Educar a la santidad en la familia». Tomado de Stanisław y Ludmiła Grygiel, *Esposos y santos. Diez caminos de santidad conyugal*, Didaskalios, 2013.



tener muchos hijos con el fin de educarles para el Cielo».⁴

Esto lo dice todo, e iluminará la educación religiosa de la familia Martin, construida fuertemente sobre este eje firme, siempre presente: es para el Cielo.

Toda la vida de Luis y Celie estará orientada a este objetivo: alcanzar el Cielo. Al principio de su vida como mujer joven, Celia Guérin, viéndose rechazada para la vida religiosa, hizo esta oración: «Quier tener hijos que estuvieran consagrados todos a ti».

4 *Correspondencia familiar*, 192.

Esto lo dice todo, e iluminará la educación religiosa de la familia Martin, construida fuertemente sobre este eje firme, siempre presente: es para el Cielo. En primer lugar, Celia pone a todos sus hijos en las manos de Dios: que estén con Él y para Él, siempre, naturalmente. El último gesto de Luis cuando, paralizado e incapaz de hablar, lo lleven al Carmelo para saludar por última vez a sus hijas, será levantar un dedo indicando el Cielo, donde todos se encontrarán: es este el último gesto de la educación religiosa paterna.

Y encontramos esta palabra clave como *leitmotiv* en los escritos de sus hijas. En una carta a Paulina, Celia subraya: «Leonia (trece años) oye tanto hablar de la otra vida».⁵ En otra carta le cuenta: «Hay cosas muy curiosas en la vida de santa Francisca Romana; se descubren muchos misterios del más allá, es muy interesante. He hablado de ello con tu padre toda la mañana, y ha querido coger el libro».

¡Cómo asombrarse entonces de que la primera palabra que haya podido pronunciar la pequeña Tere-

5 Cf. 159

sa fuera precisamente «Cielo»⁶, y de que más tarde, mientras cruzaba el jardín del obispado, una tarde de invierno, Teresa identificara fácilmente un grupo de estrellas con forma de T!⁷ Sabe muy bien que «el buen Dios está allí arriba en el Cielo azul» –se reza tan a menudo en casa–⁸, por eso sería feliz de encontrarse allí, y mejor lo antes posible, para gozar de esta gran felicidad; «en estos excesos suyos de amor» desea, por lo tanto, la muerte a sus padres.⁹ No es casualidad que la gran prueba de santidad y redención de Teresa en el Carmelo

La palabra Cielo, y sus sinónimos, es una de las más usadas en los escritos de Celina: «seremos felices cuando estemos todos reunidos allí.»

al final de su vida, sea precisamente este punto: ¿el Cielo está abierto para mí?¹⁰ Para María, a los nueve años, el Cielo se confunde con la vida de familia: «había vuelto a encontrar a papá y mamá... con ellos me parecía estar en el Cielo».¹¹

6 Ms A, 13.

7 Ms A, 18r.

8 Ms A, 11r.

9 Cf. Ms A, 41 y *Correspondencia familiar* 147.

10 Cf. Ms A, 32.

11 *Vie thérésienne* 198, 24.

Que toda la familia reunida en el Cielo...

Y cuando suene la hora de la separación, cuando venga la muerte a traer duelo en medio de nosotros, todos, así los que se vayan como los que se queden, estaremos conformes con tus eternos decretos. Nos consolaremos pensando que ha de venir un día en que toda la familia reunida en el Cielo, podrá cantar eternamente tus glorias y tus beneficios.

Fórmula de consagración de las familias al Sagrado Corazón de Jesús
(Aprobada por san Pío X)

«Que muero porque no muero»

SANTA Teresa de Jesús, tras fundar en Burgos en julio de 1582, tenía la intención de retornar a Ávila pero hubo de modificar sus planes para ir a Alba de Tormes y visitar a la duquesa María Enríquez. La beata Ana de San Bartolomé refiere que el viaje no estuvo bien proyectado y que santa Teresa se hallaba ya tan débil que se desmayó en el camino. Una noche sólo pudieron comer unos cuantos higos. Al llegar a Alba de Tormes, la santa tuvo que acostarse inmediatamente. Tres días más tarde dijo a la beata Ana: «Por fin hija mía ha llegado la hora de mi muerte». El padre Antonio de Heredia le dio los últimos sacramentos y le preguntó donde quería que le sepultasen. Teresa replicó sencillamente: «¿Tengo que decidirlo yo? ¿Me van a negar aquí un agujero para mi cuerpo? Cuando el padre Heredia

le llevó el viático, la santa consiguió erguirse en el lecho, y exclamó: «Oh, Señor por fin ha llegado la hora de veros cara a cara». Santa Teresa de Jesús visiblemente trasportada por lo que el Señor le mostraba, murió en brazos de la beata Ana a las 9 de la noche del 4 de octubre de 1582.

Villancico de santa Teresa de Jesús «Vivo sin vivir en mí» (1577)

Vivo sin vivir en mí
y tan alta vida espero
que muero porque no muero.

Vivo ya fuera de mí
después que muero de amor,
porque vivo en el Señor,
que me quiso para sí;
cuando el corazón le di
puso en mí este letrero:
«Que muero porque no muero».

Esta divina unión,
y el amor con que yo vivo,
hace a mi Dios mi cautivo
y libre mi corazón;
y causa en mí tal pasión
ver a mi Dios prisionero,
que muero porque no muero.

¡Ay, qué larga es esta vida!
¡Qué duros estos destierros,
esta cárcel y estos hierros
en que está el alma metida!
Sólo esperar la salida
me causa un dolor tan fiero,
que muero porque no muero.

Acaba ya de dejarme,
vida, no me seas molesta;
porque muriendo, ¿qué resta,
sino vivir y gozarme?
No dejes de consolarme,
muerte, que así te requiero;
que muero porque no muero.



«Sólo mirar al Cielo recoge el alma». (Santa Teresa de Jesús, *Vida*, 38, 6-7)



Hemos leído

Aldobrando Vals

Todo el mundo adora. Lo único que puede elegirse es qué adorar

vozpópuli

Julio Llorente ha entrevistado para Voz Populi a William T. Cavanaugh, el autor de *Migraciones de lo sagrado*. Frente a quienes

opinan que la religión se ha esfumado de las modernas sociedades occidentales, Cavanaugh sostiene que la religión no ha desaparecido: estrictamente hablando, afirma, la secularización entendida como separación entre los ámbitos sociopolítico y teológico nunca ha existido. Lo que realmente ha presen-

ciado la modernidad, argumenta Cavanaugh, ha sido la transferencia de lo sagrado desde la Iglesia hasta el Estado-nación. En otras palabras, la secularización no es secularización, sino idolatría.

A la pregunta del entrevistador sobre el sentido del título de su libro, Cavanaugh responde:

«Tomo prestada la frase del historiador John Bossy, que la emplea para describir cómo lo sagrado se traslada desde la Iglesia hasta el Estado en la modernidad temprana. A mi modo de ver, más que de secularización, debemos hablar de una migración de lo sagrado desde la Cristiandad hasta el mercado, el Estado-nación, las celebridades, etc. Lo dijo el novelista David Foster Wallace: «En las trincheras cotidianas de la vida adulta no hay tal cosa como el ateísmo. No hay tal cosa como ausencia de adoración. Todo el mundo adora. Lo único que puede elegirse es qué adorar».

Pronombres de género: ataque a la constitución simbólica del ser humano

LE FIGARO

Francia asiste a la última ofensiva de la ideología de género, esta vez con la introducción en el diccionario Robert de un pronombre, «iel» (que se añade a los pronombres «il» y «elle») y que pretenden que sea utilizado para designar a una persona independientemente de su «género». Robert Redeker reacciona así a este movimiento desde las páginas de **Le Figaro**:

William T. Cavanaugh



«No nos equivoquemos: el asunto del pronombre «iel» no es en absoluto una simple cuestión de palabras.

Escolares y profesores, ciudadanos y escritores, olvidan a menudo que un diccionario es una obra



política... La clave de la formalización de este nuevo pronombre es adquirir influencia política y antropológica sobre la realidad exterior al lenguaje. Sobre la realidad humana... Aunque pretende que solo **está reflejando la realidad, el diccionario aspira, por el contrario, a moldearla**. La introducción de «iel» entre los pronombres autorizados tiene por objeto permitir que una realidad sexual increíblemente minoritaria, casi inexistente, perturbe la realidad tal como se percibe habitualmente.

En realidad, los promotores de «iel» quieren subvertir la lógica de nuestra lengua, desestabilizándola en su punto más decisivo, el del dualismo de género. Para ellos, se trata

de atacar la piedra de toque, la clave de bóveda de la lengua francesa, ese edificio semejante a una catedral o a un castillo, ese edificio patrimonial, para provocar el derrumbe de la lógica humana –la división de la realidad según los dos sexos– que sustenta. En particular: el hablar según el sexo. El hablar según los dos sexos. El hablar según la dualidad sexual.

Hasta la edición de 2022 del *Robert* los pronombres personales seguían divididos según la biología. La lógica gramatical seguía la lógica biológica. Estos pronombres articulan una estrecha relación entre la biología, la gramática, lo social y lo simbólico. Unían los tres niveles del ser: el biológico, el social y el psicológico. Unir no es lo mismo que reflejar. Nada más obvio: las fuerzas que presionan por la legitimación del pronombre «iel», que ha caído del cielo, no tienen otro objetivo más que romper el orden biológico

Los partidarios del pronombre «iel» están convencidos de que el lenguaje es creador de la realidad, humana, simbólica, política. A sus ojos, «iel» será subversivo mañana como el proletariado fue revolucionario ayer

de lo humano, romper la articulación entre los órdenes biológico, psíquico, simbólico y social.

Un pronombre personal no es una palabra como las demás. Es un modo de existencia del ser humano. La realidad y el lenguaje están, en este tipo de pronombres, profundamente fusionados. Cuando digo «yo», este pronombre no es sólo una pa-

labra, soy yo mismo. Es inseparable de la realidad que soy. No refleja esa realidad, la lleva consigo... Lo que decimos del «yo» también vale para el «nosotros»: los grupos, las comunidades, las naciones, se autoconciben a través del pronombre «nosotros». Por lo tanto, tocar la lógica de los pronombres para revolucionarla acaba llevando a imponer cambios antropológicos. Es tocar a la constitución simbólica del ser humano.

Los partidarios del pronombre «iel» están convencidos de que el lenguaje es creador de la realidad, humana, simbólica, política. A sus ojos, «iel» será subversivo mañana como el proletariado fue revolucionario ayer. En muchas ocasiones en su obra, Karl Marx sugiere que el proletariado no existe como clase fuera de la propia existencia de esta palabra. La propagación de la palabra hará nacer en la sociedad lo que él llama el proletariado como clase revolucionaria. La lección marxiana está bien aprendida. La entrada de «iel» en el *Robert*, al que todos los estudiantes de secundaria tienen que referirse como si fuera una biblia de la lengua, constituye, en el ámbito lingüístico, algo análogo a lo que fue la toma del Palacio de Invierno por los partidarios de Lenin: el inicio de una reconfiguración, a partir del lenguaje, de la realidad. Vanguardia, como lo fue el partido de Lenin, el *wokismo* LGBT es un neobolchevismo que, como su predecesor histórico, sueña con fabricar un hombre nuevo del que «iel» será su embrión.

Mil y una actividades para no pensar

Roberto Colom, profesor en la Universidad Autónoma de Madrid, glosa en su blog el libro de Gregorio

Luri, La escuela no es un parque de atracciones y se fija en algunos aspectos cargados de consecuencias:

«Su tesis esencial es que **a la escuela debe acudir a adquirir conocimientos** vinculados a las temáticas usuales (lengua, matemáticas, ciencias) que contribuyen a que los escolares trasciendan, superen, vayan más allá de sus experiencias personales sobre el mundo («**el paciente acude al médico para curarse y el alumno va a la escuela a adquirir conocimiento**»). Ese proceso de adquisición requiere disciplina y esfuerzo, así como un profesorado que esté a la altura del reto de llevar a los escolares tan lejos como sean capaces de llegar.

La escuela que persigue esa meta compensa eso que los escolares no



encontrarán ni en sus familias ni en sus experiencias cotidianas. Y ese efecto compensatorio resulta especialmente crucial en el caso de

aquellos escolares que acuden a la escuela desde familias y entornos socialmente más desfavorecidos: «¿por qué hay que estar siempre cerca de la experiencia de los alumnos?»

Es imposible que un estudiante pueda pararse a reflexionar cuando no deja de pedalear para adecuarse a los apretados plazos de entrega de minúsculos y ridículos trabajos de dudoso valor instruccional

¿por qué no poner a los alumnos en situaciones que les permitan ir habituándose a trascender sus experiencias inmediatas para tener acceso al conocimiento del mundo?»

Esa perspectiva entra, no obstante, en tensión con las numerosas modas que vienen asolando el panorama educativo. Luri arremete contra los variados casos que tiene a su disposición (el trabajo por proyectos, las tecnologías, las inteligencias múltiples, la inteligencia emocional, el trabajo en grupo, los neuro-mitos, el *brain training*, el *mindset*, los estilos de aprendizaje, etc.) y cuyo denominador común puede ser el de que acumular conocimiento está pasado de moda y que ahora lo que se debe desarrollar en la escuela (y en la universidad, me permito añadir) son “competencias” que sirvan para un roto y para un descosido. Algo, no se sabe muy bien qué, vacío de unos contenidos que, se da por hecho, serán obsole-

tos más pronto que tarde («el enfoque competencial prioriza el cómo sobre el qué»).

Si los contenidos son lo de menos, entonces podemos zambullirnos, sin complejo de culpabilidad, en un cómodo océano educativo. Los profesores no tendrán necesidad de dominar sus materias al nivel que sería necesario, y tampoco será preciso estar al tanto de cómo van evolucionando los conocimientos que forman parte de las distintas disciplinas. ¿Para qué?

Es algo que Luri observa en secundaria y que quien esto escribe identifica en la universidad. No se trata de adquirir y consolidar sosesadamente conocimientos, sino de hacer infinidad de actividades que mantengan entretenidos a los chavales y que les impidan pensar. Es imposible que un estudiante pueda pararse a reflexionar cuando no deja de pedalear para adecuarse a los apretados plazos de entrega de minúsculos y ridículos trabajos de dudoso valor instruccional.

La tesis de que todo estudiante tiene derecho a aprender algo nuevo cada día y de que eso supone disciplina y esfuerzo se opone, absurdamente, a la de que ese proceso de aprendizaje sea tan estimulante como subirse al Dragón Khan. El alumno va a la escuela primordialmente a aprender lo que no sabe, pero necesita incorporarlo a su memoria, expandir sus conocimientos y organizarlos de un modo coherente, y alcanzar esa meta es compatible con el disfrute. Pero, eso sí, por ese orden. El disfrute debe venir al experimentar el goce de aprender».



Hace 75 años ¿Navidad sin fe?

Ibón Elósegui

«¿Cómo el gran David, que había hecho tantas cosas buenas, que estaba unido a Dios, fue capaz de hacer eso?». Esta es la pregunta que el papa Francisco se hacía en una de las homilías matutinas de Santa Marta. Y seguía el Papa: «Esto no se hace de la noche a la mañana. David se deslizó lentamente, lentamente. Hay pecados del momento: el pecado de la ira, un insulto que no puedo controlar. Pero hay pecados en los que uno se desliza lentamente, con el espíritu de la mundanidad. Es el espíritu del mundo que te lleva a hacer estas cosas como si fueran normales...». Hace 75 años, el editorial de la revista CRISTIANDAD, comentaba el mensaje del Papa reinante, Pío XII, en el que se recogía esta última afirmación de Francisco. El contexto era el mensaje enviado al Congreso catequético que se llevó a cabo en la ciudad de Boston ese mismo año de 1946. En dicho mensaje el Papa hacía afirmaciones sorprendentes para la época, que nos muestran hasta qué punto los Papas, desde la Cátedra de Pedro, ven la realidad del mundo que les rodea.

Ese Cuerpo del que ustedes son miembros ha sido amenazado. Ese Cuerpo de Cristo que es su Iglesia (Ef 1, 23), se ve amenazado no solo por poderes hostiles desde el exterior, sino también por las fuerzas interiores de la debilidad y la decadencia...

»Millones pueden apresurarse por las calles de las grandes ciudades absortos en sus negocios, placeres o penas sin pensar nunca en Dios; sin embargo, el único Dios verdadero no es menos real; es Él quien los sostiene en su existencia. Los hombres se reúnen para promulgar las leyes de un pueblo, o con el encomiable propósito de sacar a sus semejantes del pantano de miseria y desesperación sembradas por la injusticia, mientras excluyen

deliberadamente el reconocimiento del legislador supremo y soberano universal; sin embargo, el único Dios verdadero no es menos real por todo eso.

»¿No es esta negación o descuido de Dios, Creador y Juez supremo del hombre, la fuente de la creciente inundación del mal que hoy espanta a los serios y llena el camino de la vida humana con tantos hogares destruidos?

»Quizás el mayor pecado del mundo actual es que los hombres han comenzado a perder el sentido del pecado».

El editorial de aquel año, al hilo de este mensaje de Pío XII, reflexiona sobre este tiempo de Navidad que estamos prontos a celebrar y que, si no volvemos nuestros ojos, mente y

corazón al sentido verdadero de esta gran celebración, podemos caer en unas «Navidades sin fe».

¿Navidades sin fe? (editorial)

Por su naturaleza divina, así como por la redención, Jesucristo es Rey y Señor universal de todos los hombres; de suerte que nada puede suceder contra su voluntad ni escapar a su gobierno: incluso sus mismos enemigos cooperan involuntariamente a la realización de sus inescrutables designios.

Mas Él ha tenido a bien disponer que la salvación de los individuos lo mismo que la paz en los estados penden de una tercera forma de realeza y señorío que Él se propone ejercer sobre los hombres: la reale-

za de su amor, fundada en la aceptación voluntaria, tanto individual como social, de su ley.

Estas verdades serán tal vez de todos conocidas entre los católicos; mas no son ordinariamente meditadas y comprendidas.

Es preciso que nos apliquemos de nuevo «a considerar el hecho de la existencia de Dios; que dependemos absolutamente de su poder, de su amor y de su gracia y que tenemos el deber de moldear nuestra vida de acuerdo con la voluntad divina».¹

Creemos en estas verdades «en el retiro de nuestras habitaciones», mas no las profesamos públicamente con todas sus consecuencias, y permitimos que la inmodestia, la avaricia, la maldad campeen por la vida pública sin oponernos a ello.

Asentimos a la fe, no la apreciamos suficientemente. No estamos eficazmente convencidos de que en Jesucristo está la solución verdadera, pero también única, de todos los males que nos aquejan, y la cruel experiencia de que goza por desgracia nuestra sociedad no hace sino aumentar nuestra responsabilidad por no atender a las advertencias de la Iglesia.

Por esta ruptura interior que se ha producido en nosotros entre el objeto de nuestro asenso y los objetos de nuestro aprecio, «el vigor de la Iglesia y su mismo crecimiento están amenazados».

No es ya la amenaza exterior contra la que un cuerpo social vigoroso reacciona unánimemente; es la causa interna de la debilidad y de la decadencia, es un proceso de desvitalización

(ningún papa anterior, que sepamos, había pronunciado tan trágica palabra); proceso culpable porque «habíamos sido advertidos del peligro». Buscábamos la vida en filosofías extrañas, y he aquí que se está secando en nosotros la fuente de la vida: pues no en vano se nos había dicho: «el justo vivirá de la fe».

El crecimiento de la debilidad, el proceso de desvitalización que ha venido ocurriendo en unos cuantos sectores de la Iglesia son debidos



principalmente a la ignorancia, o cuanto menos a un conocimiento muy superficial de las verdades de la religión: verdades que deberían ser recordadas por todos.

«El vigor de la Iglesia y su mismo crecimiento están amenazados por no saber apreciar ellos íntegramente la verdad que profesan».

La verdad de la Redención, la verdad de la gracia y del Sacrificio, la verdad del Cuerpo místico de Cristo y la solidaridad natural y sobrenatural que liga a sus miembros entre sí, ¿habrán venido a ser juego de palabras en nuestra boca?

¿Qué pensamos celebrar en Navidad: solamente un hecho histórico

acaecido una vez en la lejanía del pasado, o también el nacimiento constante de Cristo en nuestras almas que extirpe de ellas los gérmenes de muerte: «el orgullo, el egoísmo, la sensualidad y las ambiciones»?

¿O pensamos en serio que «será suficiente para ello la legislación humana»? ¿Acaso los contratos y tratados?, ¿Acaso un resultado electoral?

Planteado así el problema, la solución se impone por sí misma. Pero he aquí que el mundo civilizado ha encontrado en nuestros tiempos manera de eludir este dilema: ha negado teórica y prácticamente la realidad del pecado.

Nada es pecado, nada es condenable. Mas si no existe el pecado, no hace falta redención alguna; el sacrificio de Cristo fue en el mejor caso una abnegación innecesaria y la sociedad tiene en sí misma los principios de su estabilidad.

El Papa protesta contra esta última hipocresía, contra este último y máximo pecado:

«Es posible que el mayor pecado en el mundo sea el de que los hombres han empezado a perder el sentido del pecado».

»Este sentido no puede ser arrancado del corazón humano; este sentir se despierta con la idea de que el Dios-Hombre, muriendo en la cruz, pagó la pena del pecado».

»Conocer a Jesucristo crucificado es conocer el horror de Dios a todo pecado. La culpa sólo podía ser lavada con la sangre preciosa de Jesucristo, el Hijo de Dios hecho hombre».

Este conocimiento, que era la única ciencia de que se jactaba el Apóstol –el Papa da el grito de alarma– se está perdiendo entre nosotros...

¹ Este, como los otros fragmentados entrecorridos, pertenecen al mensaje pontificio al Congreso catequético de Boston.



Pequeñas lecciones de historia

La Merced y la Inmaculada

Gerardo Manresa



CUANDO la noche del 1 al 2 de agosto de 1218, la Virgen María se apareció a Pedro Nolasco, además de la misión que le encomendó de rescatar a los cristianos cautivos, le reveló los inicios de los misterios de la Inmaculada Concepción, declarándole después de un modo verdaderamente prodigioso, cuán grato le sería que los religiosos rezaran el oficio de su Inmaculada Concepción. Como consecuencia de esta comunicación,

los mercedarios decidieron llevar el hábito blanco y la Merced de Barcelona fue una de las primeras iglesias de la ciudad en donde se celebró la fiesta de la Inmaculada Concepción.

Acostumbraban los mercedarios a levantarse a maitines a medianoche, asistiendo ordinariamente el santo fundador, incluso en los últimos años de su vida en que apenas tenía movilidad.

Una noche, en que el hermano despertador no llamó a la hora señalada, el santo se fue como de costumbre al coro, siendo recibido por los ángeles que, presididos por la Madre de Dios, sentada en la silla principal, cantaban con ella el oficio de la Inmaculada. Extasiado al contemplar aquella visión tan inesperada fue conducido hasta donde estaba la Santísima Virgen, mereciendo aquella noche venturosa el favor incomparable de reclinar la cabeza sobre su pecho virginal. Este hecho es verdaderamente histórico, pues lo refieren los testimonios más antiguos de la vida del santo. La forma arcaica del oficio primitivo de la Inmaculada Concepción que se rezaba en la Orden es un argumento de su respetable antigüedad y confirma la tradición constante de haberlo introducido el santo fundador.

Para recordar este hecho, hubo desde tiempo inmemorial en el respaldo de la silla principal del coro

un cuadro de la Virgen, que fue sustituida por una imagen de talla, elaborada por **Pere de Moragues** en 1361 y se cogió la costumbre de que el superior incensara la imagen de la Stma. Virgen, en cada fiesta importante. Del siglo XVI tenemos noticias más concretas de ese culto en la iglesia de la Merced de Barcelona. Pero en el concilio de Basilea (1431) de los varios milagros que se alegaron sobre la Virgen Santísima, se confirmó la pía creencia de que la Santísima Virgen cantó los maitines en el coro de la iglesia de la Merced, de la ciudad de Barcelona el día 8 de diciembre, día dedicado a tan augusto misterio. Sucedió que, no siendo aún fiesta de precepto este misterio de la Inmaculada Concepción, el panadero del convento amasó como era costumbre la masa para hacer los panes; una vez hecha la cubrió para dejarla reposar. Pero al descubrir la masa para hacer los panes, fue grande su estupor al ver que la masa se había transformado en sangre coagulada. Los religiosos tomaron este milagro como un aviso del Cielo, por medio del cual se les daba a entender cuán grato sería a la Madre de Dios la observancia de tal fiesta, absteniéndose de cual-

quier obra servil, y desde entonces la guardaron con religioso temor, equiparándola a las fiestas más solemnes que celebra la Iglesia. Cundió por la ciudad la noticia del prodigio y los barceloneses, imitando la conducta de los padres mercedarios, prometieron no calentar los hornos este día, para honrar a la

Para mediados del siglo XIV, ya se había construido una capilla en la iglesia de la Merced de Barcelona dedicada al misterio de la Inmaculada Concepción

Santísima Virgen en el misterio de la Inmaculada Concepción. Refiere todo eso la **Historia Longobárdiga**, raro incunable del año 1496, conservándose copia autorizada de este pasaje entre los manuscritos de la Merced, que se guardan en el archivo de la Corona de Aragón.

En esta historia no se indica en que año ocurrió el milagro, pero seguramente es anterior al año 1390, aunque se cree que sucedió hacia mitad del siglo XIV. Anterior al año

1390, pues los barceloneses desde este año guardaron esta fiesta como de precepto, según se demuestra documentalmente en la monografía *Los reyes de Aragón y la Inmaculada Concepción de María Santísima*, siendo autor del mismo **Fr. Faustino de Gazulla**, publicada en 1905.

La fecha debía ser la indicada, pues con una fecha posterior no tenía razón de ser la promesa hecha por los panaderos de no calentar los hornos el día de la Inmaculada Concepción. Y confirma estas fechas el hecho de que fue precisamente a mediados del siglo XIV, que se construyó en la iglesia de la Merced una capilla dedicada a este misterio. En 1355 no había más que dos capillas en la iglesia de la Merced, la de san Eloy y de santa Marina, pero en 1376 ya existía la capilla de la Inmaculada Concepción pues en ella enterraron a Fr. Bonanato de Prexana.

Desde que la imagen de Nuestra Señora de la Merced fue expuesta a la veneración de los fieles en el siglo XVIII, fue grande la devoción que despertó entre los de la ciudad, especialmente entre la gente de mar. La imagen que preside la basílica hoy día es la misma que elaboró **Pere de Moragues**, en el siglo XIV.

Intenciones del Papa encomendadas al Apostolado de la Oración

Enero

Educar para la fraternidad

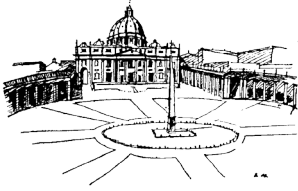
Recemos para que todas las personas que sufren discriminación y persecución religiosa encuentren en las sociedades en las que viven el reconocimiento de sus derechos y la dignidad que proviene de ser hermanos y hermanas.

Febrero

Por las mujeres religiosas y consagradas

Recemos por las mujeres religiosas y consagradas, agradeciéndoles su misión y valentía, para que sigan encontrando nuevas respuestas frente a los desafíos de nuestro tiempo.





Actualidad religiosa

Javier González Fernández

Los monjes benedictinos vuelven a la abadía de Solignac

EL 22 de noviembre de 632 el rey Dagoberto I donaba a san Eloy unos terrenos en la antigua y floreciente villa galorromana de *Solemniacus* para «trazar y construir en ellos una escalera por la cual ambos pudieran subir al cielo». Así nació el monasterio de Solignac (Francia), «escuela de arte y de virtud» bajo la regla de san Benito y san Columbano, que desde el 638 comenzó a llenarse de monjes, afamados por su piedad y su hábil trabajo en las artes del fuego: metales, orfebrería, esmaltes...

La vida monástica floreció alrededor de la abadía, que consagró su iglesia en 1143 y que pasando por altos y bajos –saqueos, revueltas e invasiones (entre 1574 y 1619 estuvo en manos de los hugonotes)–, man-

tuvo la vida religiosa de acuerdo con la regla benedictina hasta el 30 de abril de 1790.

Fue entonces cuando la municipalidad de Solignac, siguiendo los órdenes del gobierno revolucionario, expulsó a los últimos catorce monjes que ocupaban el monasterio, poniendo fin a la fundación benedictina realizada por san Eloy. La abadía fue transformada en prisión para los religiosos y sacerdotes refractarios que más tarde serían deportados a los pontones de Rochefort y Cayenne, donde morirían mártires.

En 1810 la abadía pasó a acoger una casa de educación para niñas de origen noble, pero volverá a quedar vacía entre 1816 y 1824, fecha en que el monasterio se convirtió en fábrica de porcelana de Limoges.

Cinco años antes del inicio de la Segunda Guerra Mundial, la fábrica



Misa de instalación de los monjes en la abadía de Solignac (Francia)

cerró y la abadía permaneció desocupada hasta que en 1939, huyendo del régimen nazi, se instaló allí la Escuela Normal de Obernai, acompañada por su capellán, el padre Robert Bengel – nombrado más tarde «Justo entre las Naciones» por la protección que dio a los judíos.

Al acabar la guerra, los alumnos de Obernai volvieron a Estrasburgo y la abadía pasó a manos de la Congregación Misionera de los Oblatos de María Inmaculada, que la amplía para poder acoger a las numerosas vocaciones que recibe.

Pasan los años y el escolasticado se va vaciando y en 1970 los Oblatos deciden dejar Solignac, que se convirtió en un centro de acogida hasta 1993, cuando el monasterio volvió a quedar vacío. En 1996 la abadía acogió a la comunidad carismática «Le Verbe de Vie», que la abandonó el 15 de octubre de 2004 y desde entonces está desocupada.

Sin embargo, el pasado mes de agosto los monjes benedictinos regresaban de nuevo al monasterio de san Pedro y San Pablo de Solignac, que ha sido adquirido por la Orden para establecer allí un priorato, puesto bajo el patrocinio de san José. El 28 de noviembre, primer domingo de Adviento e inicio del nuevo año litúrgico, monseñor Bozo, obispo de Limoges, presidió la Misa de instalación oficial de los monjes en la abadía.

Este acontecimiento, además de los beneficios que reportará a la Iglesia local, supone un rayo de esperanza para toda la Iglesia en Francia, que está viendo cómo en los últimos años aumenta de forma imparable el número de edificios religiosos abandonados por las propias parroquias o comunidades o destruidos por la creciente ola de profanación que sufre el país. Los incendios de Notre-Dame y de la histórica iglesia de San Sulpicio

de París o de las catedrales de Nantes, Rennes, Lavour y Pontoise son las imágenes más visibles de lo que se ha calificado ya como «la tragedia de las iglesias francesas» en un país donde se registran más de 1.000 actos vandálicos contra edificios o monumentos cristianos cada año.

A propósito de las calendas cristianas

Este mes de diciembre en que se acaba el año litúrgico parece apropiado reflexionar sobre la importancia del calendario como elemento posibilitador y configurador de todas las civilizaciones. Todas las culturas, desde la sumeria hasta la romana, han organizado su vida en función de las distintas épocas del año establecidas por el almanaque o calendario «oficial».

Consciente de ello y como auxilio poderoso a su acción evangelizadora –y, al mismo tiempo, civilizadora– de los pueblos, la Iglesia fue desarrollando en el círculo del año todo el misterio de Cristo. «Conmemorando así los misterios de la Redención, abre las riquezas del poder santificador y de los méritos de su Señor, de tal manera que, en cierto modo, se hacen presentes en todo tiempo para que puedan los fieles ponerse en contacto con ellos y llenarse de la gracia de la salvación».

En la celebración de este círculo anual de los misterios de Cristo, la Iglesia venera también con amor especial a la bienaventurada Madre de Dios –en la que admira y ensalza el fruto más espléndido de la Redención y la contempla gozosamente– e introduce el recuerdo de los mártires y de los demás santos, que llegados a la perfección por la multiforme gracia de Dios y habiendo ya alcanzado la salvación eterna, cantan la perfecta

alabanza a Dios en el cielo e interceden por nosotros.

Por último, señala el Concilio Vaticano II, en diversos tiempos de este año litúrgico, la Iglesia completa la formación de los fieles por medio de ejercicios de piedad espirituales y corporales, de la instrucción, de la plegaria y las obras de penitencia y misericordia.

Por otro lado, los enemigos de Cristo, para contrarrestar esta labor santificadora de la Iglesia, han procurado introducir nuevos calendarios que hagan olvidar a los hombres la presencia viva del Señor en medio de su pueblo, desde el calendario republicano francés, adoptado por la Convención Nacional entre 1792 y 1806, o el calendario positivista propuesto por Comte en 1849 hasta el calendario revolucionario vigente en la Unión Soviética en 1929 y 1930.

Hoy en día este intento secularizador del calendario cristiano, si bien de forma más solapada, continua muy vivo. Y este mes de diciembre, por ejemplo, en lugar de celebrar la fiesta de san Francisco Javier, de la Inmaculada Concepción, de la Natividad de Cristo, de san Esteban, de los Santos Inocentes o de san Silvestre, se nos propone conmemorar, entre otros, el día mundial/internacional de la lucha contra el SIDA, de la abolición de la esclavitud, de los bancos, contra la corrupción y contra el genocidio, de los derechos de los animales, de las montañas, de la cobertura sanitaria universal y de la neutralidad, de la solidaridad humana o de la preparación ante las epidemias.

En este mismo sentido la Unión Europea ha dejado recientemente en evidencia esta actitud laicista y des-cristianizadora al intentar suprimir la palabra «Navidad» de las felicitaciones oficiales con motivo del nacimiento del Mesías.





Actualidad política

Jorge Soley Climent

Estados Unidos: significativa derrota demócrata un año después de la elección de Joe Biden

LA victoria del republicano Glenn Youngkin en las elecciones a gobernador de Virginia ha sacudido la política norteamericana y marca el pistoletazo de salida para las elecciones *midterm* del año que viene en que se renuevan Congreso y Senado. ¿Qué nos indican sobre la situación política en los Estados Unidos a día de hoy?

En primer lugar, el fuerte desgaste demócrata durante 2021. Las elecciones a gobernador de Virginia tienen lugar un año después de las elecciones presidenciales y suponen un primer test sobre el grado de popularidad de la nueva administración. Joe Biden ganó en 2020 cómodamente en Virginia por diez puntos de diferencia... que se han evaporado en 2021: Youngkin superó por casi tres puntos a su rival demócrata Terry MacAuliffe. Si esa es la tendencia, las elecciones al Congreso y Senado del año que viene no pintan muy bien para Biden y los suyos.

Y es que ningún presidente desde la segunda guerra mundial había tenido una caída en sus *ratios* de aprobación en su primer año tan

acentuada como la de Joe Biden, que cae entre el primer y tercer trimestre de 2021 un 11%. Eso sí, Biden se puede consolar: su vicepresidenta, Kamala Harris, se hunde hasta el 28% de aprobación, superando el récord negativo que hasta ahora mantenía Dick Cheney con un 30% a finales del segundo mandato de George W. Bush en 2007.

Estos datos no son ninguna sorpresa si atendemos a los problemas que han estallado durante el primer año de administración Biden: espantada de Afganistán, inflación creciente, caos en la frontera con México, crisis energética y de suministros. Y por si fuera poco, el apoyo a la Teoría Crítica de la Raza en las escuelas. La insistencia demócrata en imponer esa concepción ideológica ha provocado la reacción de miles de padres de familia que no quieren que se enseñe a sus hijos que todos somos culpables de racismo encubierto. MacAuliffe, en el patinazo más sonado de esta campaña, afirmó que los padres no debían decidir lo que se les enseñaba a sus hijos. Youngkin, por el contrario, prometió eliminar este tipo de adoctrinamiento de las escuelas y que los padres tuvieran la última palabra en este tipo de asuntos educativos y consiguió canalizar en su favor la amplia oleada

de protesta. La carta enviada por el Consejo escolar al presidente Biden pidiéndole que tratara las protestas de padres en las escuelas como «terrorismo doméstico» no fue probablemente el mejor medio de calmar los ánimos. Para acabar de redondearlo, el intento por parte del Consejo escolar de tapan un caso de agresión sexual en un baño escolar sin distinción de sexos acabó por convencer a muchos padres de que las escuelas, en manos de los demócratas, no eran el mejor lugar para enviar a sus hijos.

Conscientes de que la ventaja demócrata se estaba esfumando, desembarcaron en Virginia los pesos pesados del Partido Demócrata: Obama, los Clinton, Kamala Harris y el mismísimo Joe Biden. No sirvió de mucho. El manejo de la figura de Trump fue más hábil: Youngkin ha

no produce rechazo se ha revelado como una fórmula ganadora. Los demócratas no han cesado de agitar la amenaza del regreso de Trump, pero agitar el espantajo no les ha dado resultado.

Francia: victoria católica en los tribunales frente al lobby LGBT

El pasado 23 de noviembre el tribunal penal de París absolvió a Jean-Pierre Maugendre, director de *Renaissance Catholique*, de las denuncias de dos asociaciones homosexualistas por haber recordado la doctrina de la Iglesia sobre el matrimonio homosexual. Una sentencia que todo el mundo esperaba con expectación y que marca una importante y simbólica victoria para los católicos.

Las denuncias le acusaban de un supuesto delito de «provocación a la discriminación de un grupo de personas por su orientación sexual» al haber publicado en su web un texto que citaba la posición de la Iglesia sobre el matrimonio entre personas del mismo sexo.

«La decisión de sobreseer el caso era lógica», declaró el aboga-

do Jérôme Triomphe, quien añadió que «el tribunal ha señalado lo obvio, explicando en un larguísimo razonamiento que era función de los obispos y cardenales reafirmar la doctrina inmemorial de la Iglesia».

La afirmación de Maugendre supuestamente ofensiva contra los ho-

mosexuales era una cita tomada de una nota de la Congregación para la Doctrina de la Fe del 3 de junio de 2003: «Reconocer legalmente las uniones homosexuales o equipararlas al matrimonio, significaría no solamente aprobar un comportamiento desviado y convertirlo en un

La afirmación de Maugendre supuestamente ofensiva contra los homosexuales era una cita tomada de una nota de la Congregación para la Doctrina de la Fe del 3 de junio de 2003

modelo para la sociedad actual, sino también ofuscar valores fundamentales que pertenecen al patrimonio común de la humanidad».

Polonia defiende las fronteras de Europa y la Unión Europea la ataca

Bielorrusia ha aprendido la lección de Turquía y ha decidido usar inmigrantes lanzados hacia las fronteras como arma en su conflicto con la Unión Europea: «hordas» de pobres emigrantes llegados desde Afganistán, Siria, Pakistán e Irak y usados como carne de cañón. En este caso, especialmente contra las fronteras polacas como represalia a las sanciones que la UE le impuso tras la represión postelectoral del gobierno de Minsk en septiembre del año pasado.

En esta situación, en la que Polonia, al defender su frontera, protege a toda la Unión Europea, sería de esperar que las instituciones europeas estarían apoyándole. Sin embargo, éstas están aprovechando la crisis fronteriza para atacar a Polonia: **los principales partidos del Parlamento**



Jean-Pierre Maugendre,
director de *Renaissance Catholique*

asumido muchos de sus temas, ha recibido encantado el apoyo explícito del antiguo presidente y no lo ha criticado, pero ha preferido que Trump no hiciera campaña sobre el terreno. Un mensaje trumpista en boca de un político que habla claro pero con mejores formas y que

Europeo (populares, socialistas, liberales, izquierdistas y verdes) han enviado una petición a la Comisión para que suspenda el Plan de Recuperación, esencial para la reconstrucción de la economía polaca tras el Covid.



Sendos primeros ministros de Polonia y Hungría

Mientras tanto, el Tribunal de Justicia de las Comunidades Europeas (TJCE) dictaba una nueva sentencia sobre la «ilegalidad» de las reformas del sistema judicial polaco.

Al mismo tiempo, otro de los antiguos países comunistas que ahora no se pliegan a las directrices de Bruselas, Hungría, recibió el varapalo del TJCE (sentencia en el caso C-821/19 Comisión contra Hungría sobre la criminalización del apoyo a los solicitantes de asilo) por una ley que establece que el apoyo al tráfico de personas que buscan «asilo» en la frontera húngara es una actuación delictiva. El tribunal sentencia ahora que la ley húngara viola las normas europeas y debe ser eliminada o modificada de raíz.

La respuesta del gobierno húngaro no se ha hecho esperar: «Seguiremos ayudando a los inmigrantes en

sus países de origen, hay que detener la migración a Europa y el futuro de Europa debe basarse en las familias. Nos reservamos el derecho a tomar medidas contra las actividades de las ONG financiadas con fondos extranjeros, incluidas las financiadas por George Soros, que pretenden ganar influencia e injerencia política o incluso promover la migración».

Las sanciones económicas y el bloqueo de los fondos de recuperación contra Polonia la sitúan al mismo nivel que la Bielorrusia que está atacando las fronteras de la propia Unión. Ni siquiera en una situación de tal gravedad ha podido la Unión Europea dejar de lado su agen-

da ideológica favorable al aborto y al matrimonio entre personas del mismo sexo, cuestiones de fondo que están en la base de las disputas entre los países del Este y la UE.

Etiopía se sume en una trágica guerra

Etiopía lleva más de un año de guerra civil y el mundo ni se inmuta. El conflicto entre el gobierno de Addis Abeba y los combatientes del TPLF, de etnia tigré, que aspiran a derrocar al gobierno se ha vuelto a intensificar cuando estos últimos han roto el equilibrio que duraba desde hace meses al conquistar el 12 de diciembre pasado la ciudad de Lalibela, en la región de Amhara, declarada Patrimonio de la Humanidad por la UNESCO por sus iglesias excavadas en la roca.

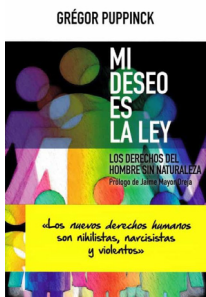
El conflicto tiene su origen en la pérdida del poder por parte del TPLF, un grupo marxista que antes de la caída del Telón de Acero tenía como modelo al régimen de Albania. Tras dirigir Etiopía durante 27 años con mano de hierro, el TPLF perdió el poder hace dos años. Sus seguidores se retiraron entonces a su región de origen, Tigré, donde alentaron la revuelta y los cada vez más frecuentes asesinatos de cristianos en el sur del país.

La guerra ha entrado ahora en una fase de destrucción y tierra quemada que se estima que ya ha generado dos millones de desplazados y que amenaza con desestabilizar no solo Etiopía, sino toda la región. En este contexto, la distribución de ayuda alimentaria es cada vez más difícil e incluso se ha tenido que suspender en diversas zonas con el

Etiopía lleva más de un año de guerra civil y el mundo ni se inmuta.

resultado de que se ha declarado el estado de hambruna para 400.000 personas.

Esta trágica situación en Etiopía se suma a su vecino Sudán del Sur, donde la paz y la reconstrucción siguen siendo objetivos lejanos y millones de personas sufren los estragos de la guerra que estalló en 2013. Olvidados por parte de las principales potencias, la situación en estos países demuestra, una vez más, que la ausencia de toda autoridad en el plano internacional impone la ley del más fuerte en un contexto en el que el derecho internacional ha desaparecido.



Orientaciones bibliográficas

Javier Luis de Miguel Marqués

Gregor PUPPINCK, *Mi deseo es la ley*, ediciones Encuentro, 2020

EL prestigioso jurista francés, Gregor A. Puppínck, personalidad relevante en el ámbito de las instituciones de derecho internacional, nos trae una obra prometedora en cuanto a su título y exposición preliminar, y singular en cuanto a su contenido. Se trata de un análisis pormenorizado de una cuestión que hace correr ríos de tinta, especialmente entre los círculos del pensamiento conservador.

Valga como introducción constatar la evidencia de que, en las recientes décadas, hemos visto nacer una pléyade de derechos considerados «de nueva generación», que poco tienen que ver, al menos de forma directa y aparente, con los clásicos derechos y libertades reconocidos por las declaraciones universales de derechos, incluso la de 1948, que a pesar de ampliarlos a cuestiones socio-económicas, recoge toda una tradición iusnaturalista (anclada en la modernidad, claro está) acerca de los derechos inherentes a la persona.

En efecto, se habla ahora de sucesivas generaciones de derechos que tienen que ver únicamente con la mera pulsión primaria y concupiscente del hombre, casi siempre al margen de su naturaleza, y pretendiendo superarla: aborto, eutanasia, orientación sexual fluida, formas de convivencia más gaseosas que fluidas, elevadas a la catego-

ría de familia, «derechos» post-humanos y trans-humanos, etcétera, y que, en base al derecho al libre desarrollo de la personalidad, conjugado con el papel estatal como su coadyuvante, han alcanzado rango de ley y fundamento interpretativo vinculante de las herramientas normativas de los Estados.

El autor ve en esta degeneración un claro vestigio de espiritualismo gnóstico y neo-pagano, y no rehúsa fundamentar de manera profunda las razones de tal juicio. Reconocer los síntomas de este desvarío no se antoja cuestión ardua, aunque sí lo sea tener la capacidad, caso del profesor Puppínck, de descomponer de manera tan didáctica el hilo argumentativo que le lleva a su conclusión. En ese sentido, valga como una sesión comprimida de filosofía posmoderna.

La cuestión que aborda el autor es simple de formular: **¿cómo se ha producido el tránsito desde esos derechos –podríamos decir– ordenados, hacia el descontrol subjetivista que preside la ideología hodierna de los derechos humanos?** Una sugerencia corre transversalmente a lo largo del texto: **¿tendría la filosofía de la Declaración de 1948 el germen de esa interpretación evolutiva de los derechos humanos, en base a ciertos presupuestos filosóficos larvados que han germinado con el**

paso del tiempo, al calor de la progresiva secularización de las sociedades occidentales?

Una hipotética respuesta acusatoria hacia la filosofía de 1948 es algo que, para los baluartes del pensamiento conservador, se digiere mal, porque, en última instancia, comporta la demolición descontrolada del edificio de la filosofía jurídica –y, a la postre, religiosa– a la cual la modernidad hizo ver la luz. Y la indigestión se agrava cuando se introduce la sospecha acerca de la influencia de determinados conceptos sembrados por la filosofía personalista, relacionados con la auto-conciencia y la auto-determinación. A ello dedica el autor el grueso de las páginas, aunque quizá las conclusiones acerca de las causas últimas no sean tan contundentes como el diagnóstico de la realidad que describe.

Sea como fuere, el lector dispone, a lo largo de la obra, de elementos suficientes para juzgar con criterio la cuestión, así como de orientaciones para profundizar en cuestiones conexas que, por razón de espacio, se abordan sólo tangencialmente. Es, en todo caso, y también por la variada jurisprudencia que relaciona, una gran síntesis crítica del itinerario reciente de la filosofía de los derechos humanos, también apta para lectores ajenos al mundo jurídico.



Año jubilar josefino

Francisco Canals

El pasado miércoles 8 de diciembre el papa Francisco clausuró el Año de san José proclamado por el Pontífice con la «Patris corde», motivo por el cual iniciamos esta sección que concluirá con el presente artículo de Francisco Canals sobre la importancia de san José en la obra de la salvación.

San José en el principio de los caminos de la Salvación¹

HE aquí que en el umbral del Nuevo Testamento, como en el comienzo del Antiguo, hay una pareja. Pero mientras la de Adán y Eva vino a ser fuente del mal que inundó el mundo, la pareja de José y María constituye el vértice desde el cual se esparce la santidad por toda la tierra. El Salvador ha iniciado la obra de Salvación con esta unión virginal y santa, en la que ha manifestado también su omnipotente voluntad de purificar y santificar la familia, santuario de amor y cuna de la vida.»

Estas palabras de Pablo VI, pronunciadas en 4 de mayo de 1970, fueron citadas también por Juan Pablo II en su exhortación apostólica *Redemptoris custos*, fechada en 15 de agosto de 1989. Por dos veces aparece, pues, su referencia en el Acta Apostólica Sedis, el lugar propio de las referencias oficiales de los textos de autoridad pontificia. No puede

ser desdeñado lo que dijeron estos dos papas, y hay que reconocer que Pablo VI introducía en el lenguaje del magisterio eclesiástico un modo de hablar nuevo, que podríamos calificar de sorprendente y novedoso.

Aun sin contradecir o alterar enseñanzas tradicionales, nos presenta a José como «el nuevo Adán» (lo que se había, hasta entonces, reservado al propio Jesucristo) y, desde luego, se afirma que «por la pareja de José y María el propio Salvador ha iniciado la obra de Salvación para toda la humanidad.

En la liturgia, la Iglesia ora diciendo que Dios, que había fundado admirablemente la dignidad de la sustancia humana, la restableció más admirablemente todavía. A este más admirable restablecimiento obrado por la Redención se refiere también al aludir al misterio significado por la mezcla del agua con el vino en la consagración eucarística, pidiendo a Dios que nos haga partícipes de la divinidad de aquel que se dignó, Él mismo, hacerse partícipe de nuestra humanidad. Toda la dispensación de la economía redentora se puede resumir en la dignación

¹ *Cristiandad* 901-902 (Agosto-septiembre 2006)

divina de hacer que los hombres mismos reciban, por don divino, el poder de comunicar la gracia de Dios a la humanidad en pecado. Así, la Salvación viene a los gentiles por los judíos. La comunicación de Dios a los hombres la ha hecho Dios haciendo que los hombres hayan sido también «autores» de la Venida al mundo de Dios. El más frecuente modo de hablar en la Escritura del Hijo de Dios encarnado es recordando que Él mismo es «el Hijo del Hombre». Con la expresión «hijo de David», alusiva a la promesa de la Encarnación como Venida al mundo del Rey Mesías, en el Evangelio se nombra a Cristo y a José.

Pero en la Iglesia se resistió durante siglos el lenguaje de los teólogos a admitir que la Mujer que por obra de Dios había traído al mundo al Redentor, el Hijo de Dios, había sido ella misma, en atención a los méritos de Cristo en su Muerte redentora,

No puede ser desdeñado lo que dijeron estos dos papas, y hay que reconocer que Pablo VI introducía en el lenguaje del magisterio eclesiástico un modo de hablar nuevo, que podríamos calificar de sorprendente y novedoso.

exenta de la herencia del pecado original. Hubo que aclarar algo tan obvio como que esta exención, es decir, la Inmaculada Concepción de María, no se debía a méritos de María, sino al mismo Sacrificio redentor de Cristo, a cuyo nacimiento se ordenaba la creación misma de su Madre. Y así se incluyó en la propia bula de 1854, en que se define como dogma de fe

la Inmaculada Concepción de María.

Como había visto ya el teólogo Francisco Suárez, en su designio de redimir a los hombres por la unión hipostática, es decir, asumiendo Dios Hijo, en unidad personal la naturaleza humana que venía a redimir, e instituyendo para ello un «orden hipostático», al que pertenecen el Verbo eterno hecho hombre, es decir, Cristo, su Madre, María, y también José, el esposo de María y que, como nos dijo Pablo VI, constituye con ella la pareja por la que Dios hace entrar en el mundo la gracia salvadora.

Esta gracia salvadora que introducen en el mundo José y María no viene de ellos mismos, sino de Dios por Cristo, su Hijo. Pero, al decir Paulo VI que Dios introduce por ellos el don divinizante de la gracia, los maestros de la Iglesia ofrecen a los cristianos y a los teólogos un lenguaje que es el mismo con el que, desde Suárez, se podían encontrar argumentos para llegar a afirmar que María había sido, por Cristo, concebida ella misma sin pecado original.

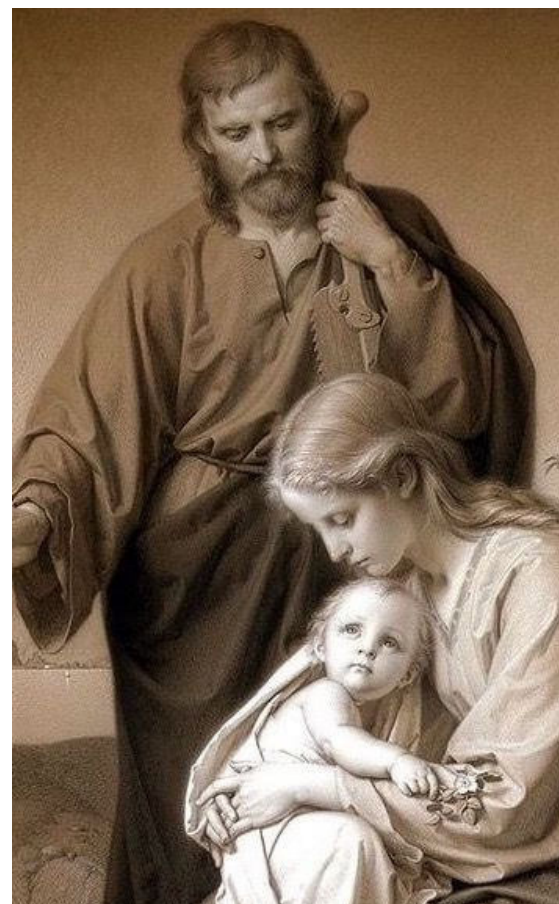
No pretendo afirmar, ni siquiera sugerir, lo que sólo el magisterio de la Iglesia puede decirnos.

Pero no puedo ocultar mi convicción o, mejor diríamos, mi esperanza de que el admirable e inusitado, hasta hoy, modo de hablar de Paulo VI y de Juan Pablo II podrá llevar a la teología católica a dar nuevos pasos hacia la comprensión de la función de José en la economía de la salvación humana y en la dispensación de la gracia santificante, y que en estos nuevos pasos podrán surgir argumentaciones análogas a las que emplearon, durante siglos, los que defendían la doctrina, que muchos otros combatían, y que llegó a ser enseñada como de fe dog-

mática por la Iglesia. Quiero decir que llegarán los teólogos a utilizar en favor de José los argumentos que emplearon a favor de María, porque **María y José fueron, según Pablo VI y Juan Pablo II, puestos por Dios en la cima desde la que partir para comunicar la gracia redentora a la humanidad.**

Nadie piense que me anticipo al magisterio eclesiástico o que quiero empujarlo en una determinada dirección. No podemos, los fieles católicos, anticiparnos al Magisterio, que hemos de seguir fielmente.

Mi deseo es solamente no dejar de atender con fervor al impulso que, evidentemente, dio Pablo VI a la enseñanza eclesiástica sobre san José, al poner al Patriarca, con su esposa María, como el «vértice es de el cual la santidad se esparce por toda la tierra» y mostrar el matrimonio de la Madre de Dios y del patriarca José como la «unión virginal y santa por la cual el Salvador mismo ha querido iniciar en el mundo la obra de Salvación».



Acto conmemorativo por los 100 años de la librería Balmes

LA Federación de Gremios de Editores de España (FGEE) ha concedido el Premio «Boixareu Ginesta» al **Librero del Año a la Librería Balmes de Barcelona**.

El premio «Boixareu Ginesta» distingue, desde 1995, la labor de aquellos libreros y librerías que juegan un importante papel en el desarrollo y fomento de la cultura literaria y contribuyen a la consolidación de la cadena del libro en sus ámbitos de actuación.

Los inicios de la librería Balmes se remontan a principios del siglo xx, nacida originariamente como una librería dedicada a la difusión de libros religiosos. En 1920 abrió sus puertas en el edificio de la calle Durán y Bas 11, en pleno barrio gótico de Barcelona, en el que se mantiene actualmente. Desde entonces ha ido adaptándose con el objetivo de perdurar en el tiempo, ampliando su catálogo

más allá del libro religioso al libro de cultura católica, complementándolo con libros de literatura de diversas temáticas y géneros, incluidas obras dirigidas al público infantil y juvenil. La librería Balmes renovó por completo su página web, lo que le ha permitido aumentar el volumen de ventas y activar su expansión hacia el mercado hispanoamericano (www.balmeslibreria.com).

Hoy, después de 100 años de puertas abiertas, el objetivo de la librería sigue siendo el mismo, estar al servicio de la cultura católica, ofreciendo un catálogo de alto nivel de exigencia en la calidad literaria.

En conmemoración por su centenario **la librería ha organizado un acto para el próximo 1 de febrero sobre la importancia de la lectura en la educación** del cual nos hemos querido hacer eco en las páginas de nuestra revista.

Acto de **celebración del centenario** de la librería Balmes

¿SE PUEDE EDUCAR SIN LECTURA?

Intervendrán:

- Patrici Tixis, presidente del Gremio de Editores de Catalunya
- Inger Enkvist, catedrática emérita de la Universidad de Lunds (Suecia)
- Catherine L'Ecuyer, doctora en Educación y Psicología

Martes, 1 de febrero de 2022, a las 19.30 h
Sala de actos de la Balmesiana
C/ Duran i Bas, 9 Barcelona

balmeslibreria@balmeslibreria.com • 93 317 94 43



BALMES

LIBRERÍA

¡La mejor librería religiosa en Barcelona!



Libros de filosofía, teología, espiritualidad y humanidades



Recomendaciones a través de la web en las diferentes áreas



Servicio inmediato de venta online



Acceso a la hemeroteca de CRISTIANDAD



Servicio de suscripción a nuestra revista



Servicio de suscripción a *L'Osservatore Romano* y revistas nacionales y extranjeras

BALMES

PLUS

¡Efectúa un pago anual de 23 euros y disfruta de todos los envíos gratis durante un año!

Podrás contratar este servicio cuando estés completando tu pedido.



info@balmeslibreria.com



balmeslibreria.com



682 856 468



93 317 80 94



Santos para pecadores

Goodier, Alban

Editorial: Rialp

200 páginas

Precio: 14,00 €

Cristo no vino a llamar a los santos, sino a hacer santos a los débiles, a los torpes y a los pecadores. Por eso los santos no son solo modelos imitables de santidad, sino recordatorios del poder de la gracia de Dios, mayor que cualquier defecto humano.

No pocos santos tuvieron que luchar contra tentaciones muy similares a las que sufrimos hoy. Para ejemplificarlo, Goodier acude a la historia de un mercenario adicto al juego, de una mujer noble de mala reputación y un noble misionero que ve fracasar muchos de sus esfuerzos, y otras almas imperfectas que se ven perfeccionadas por el dolor y la enfermedad.



Los demonios del Padre Joan

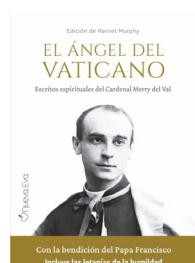
Vives, Jaume

Editorial: Libros Libres

168 páginas

Precio: 18,00 €

En un puente de la ciudad de Barcelona suceden cosas muy extrañas. La policía tiene algunas pistas pero parece estar cada vez más lejos de resolver los espeluznantes crímenes que allí se están perpetrando. Nada es lo que parece. En medio de tanta truculencia, aparece un sacerdote. Unos creen que es la víctima, blanco de los ataques. Otros creen que es culpable y los ataques, el castigo merecido. La polémica está servida. La ciudad, conmocionada. La virulencia de las agresiones va en aumento. Nadie sospecha los motivos ni sabe cómo frenar tanto mal. Pero si alguien consigue resolver el misterio quizá logre cambiar el futuro de la Iglesia y de la Humanidad. La obra que el lector tiene entre sus manos es mucho más que una novela de misterio, es una fotografía de los problemas del mundo de hoy.



El ángel del Vaticano

Merry del Val, Rafael

Editorial: Nueva Eva

208 páginas

Precio: 16,95 €

En los *Escritos Espirituales* que forman parte de este libro, muchos de ellos traducidos por primera vez al español, el lector descubrirá la hondura, sencillez y claridad de un sacerdote que vivía exclusivamente para que en él se cumpliera la voluntad de Dios. Sus oraciones, cartas, meditaciones, pláticas, discursos y conferencias nos hablan del amor de Dios y nos acercan al Sagrado Corazón de Jesús, del que era muy devoto, y a la Virgen María, a la que él se consagró como terciario servita, y de la que diría: «De nosotros se dirán cosas gloriosas ante el trono de Dios. Las dirá María».



«YO TE ENSEÑARÉ EL CAMINO DEL CIELO»

¡Oh, bello Cielo! ¡quién no le amaría, ya que tantos bienes están contenidos en él! ¿No es, en efecto, hijos míos, el pensamiento de esta recompensa que hacía a los Apóstoles infatigables en sus trabajos apostólicos e invencibles contra las persecuciones que tuvieron que sufrir por parte de sus enemigos? ¿No es el pensamiento de este bello Cielo que hacía comparecer a los mártires delante de sus jueces con un coraje que asombraba a los tiranos? ¡Oh! ¡Cuántos se encontraban felices de sacrificar sus bienes, su vida, para su Dios, en la esperanza de que «pasarían a una mejor vida que jamás acabaría»! (...) ¡Oh! ¡Cómo Dios nos recompensa por el poco bien que hicimos! Sí, le veremos, a este Padre amoroso, sí, le bendeciremos, a este amable Salvador; sí, le agradeceremos, a este caritativo Redentor, durante años infinitos. ¡Oh, eternidad feliz! Exclaman, ¡qué vas a hacernos probar de dulzuras y de alegrías!

Santo Cura de Ars, *sermón «Sobre el Cielo»*